

HURTADO DE MENDOZA, DIEGO (1503 – 1575)

*LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES, Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES*

ÍNDICE:

PARTE PRIMERA

Al lector

CAPITULO I

Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue

CAPITULO II

Cómo Lázaro se asentó con un clérigo y de las cosas que con él pasó

CAPITULO III

Cómo Lázaro se asentó con un escudero y de lo que le acaeció con él

CAPITULO IV

Como Lázaro se asentó con un fraile de la merced y de lo que le acaeció con él

CAPITULO V

Como Lázaro se asentó con un buldero y de las cosas que con él pasó

CAPITULO VI

Cómo Lázaro se asentó con un capellán y lo que le acaeció con él

CAPITULO VII

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil y de lo que le acaeció con él

PARTE SEGUNDA

CAPITULO I

En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba

CAPITULO II

Cómo Lázaro por importunación de amigos se fue a embargar para la guerra de Arjel, y lo allá le acaeció

### CAPITULO III

Cómo Lázaro de Tormes hecho atún salió de la cueva, y cómo le tomaron las centinelas de los atunes y lo llevaron ante el general

### CAPITULO IV

Cómo después de haber Lázaro con todos los atunes entrado en la cueva, y no hallando a Lázaro sino a los vestidos, entraron tantos que se pensaron ahogar, y el remedio que Lázaro dio

### CAPITULO V

De los que cuenta Lázaro el ruin pago que le dio el General de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitán Licio

### CAPITULO VI

En que cuenta Lázaro lo que al capitán Licio su amigo le aconteció en la corte con el gran Capitán

### CAPITULO VII

Cómo sabido por Lázaro la prisión de su amigo Licio le lloró mucho él y los demás, y lo que sobre ello se hizo

### CAPITULO VIII

De cómo Lázaro y sus atunes puestos en orden van a la Corte con voluntad de libertar a Licio

### CAPITULO IX

Que contiene cómo Lázaro libró de la muerte a Licio su amigo, y de lo que más por él hizo

### CAPITULO X

Cómo recojiendo Lázaro todos los atunes. Entraron en casa del traidor de D. Paver y allí le mataron

### CAPITULO XI

Cómo pasado el alboroto del capitán Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harían, y cómo enviaron su embajada al rey de los atunes

### CAPITULO XII

Cómo la señora capitana volvió otra vez al Rey, y de la buena respuesta que trajo

### CAPITULO XIII

Cómo Lázaro asentó con el rey y cómo fue muy su privado

#### CAPITULO XIV

Cómo el Rey y Licio determinaron de casar a Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento

#### CAPITULO XV

Cómo andando Lázaro a caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la verdad

#### CAPITULO XVI

Cómo despedido Lázaro de la verdad, yendo con las atunas a desovar, fue tomado en las redes, y volvió a ser hombre

#### CAPITULO XVII

Que cuenta la conversión hecha en Sevilla en un cadalso de Lázaro atún

#### CAPITULO XVIII

Cómo Lázaro se vino a Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el Rector, y cómo se hubo con los estudiantes

### PARTE PRIMERA

Al lector

Prólogo del autor.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podría ser que alguno que las lea, halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto, los deleite. Y a este propósito dice Plinio: que no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son; y por esto ninguna cosa se debería romper ni echar a mal (si muy detestable no fuese), sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algún fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de qué, se las alaben. «Y a este propósito dice Tulio: la honra cría las artes. ¿Quién piensa que el soldado que es primero en la escala tiene más aborrecido el vivir? no por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el Presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced, si le pesa cuando le dicen: ¡oh qué maravillosamente lo ha hecho V. R.! Justo muy ruinmente el Sr. D. Fulano, y dio el sayete de armas al truhán, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va de esta manera: que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren,

y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico a vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por estenso, pareciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial; y cuanto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.

## CAPITULO I

### *Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue*

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas, que a mi llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue de esta manera: Mi padre (que Dios perdone) tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años: y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mí, tomola el parto y pariome allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el río. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confeso, y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que esté en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue, y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos, y vínose a vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metíase a guisar de comer a ciertos estudiantes y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena; de manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquéllos, que las bestias cuidaban, vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se venía a nuestra casa, y se iba a la mañana. Otras veces de día llegaba a la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo al principio de su entrada pesábame con él, y habíale miedo viendo el color y mal gesto que tenía; mas deque vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien; porque siempre traía pan, pedazos de carnes, y en el invierno leños a que nos calentábamos; de manera que continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mi blancos, y a él no, huía de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decía: madre, coco; respondió él riendo, hideputa. Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, por que no se ven a sí mismos. Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zayde (que así se llamaba) llegó a oídos del mayordomo; y hecha pesquisa, hallose que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba; y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y

sábanas de los caballos hacía pérdidas: y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba; y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo ni de un fraile, por que el uno hurta de los pobres y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto. Y probósele cuanto digo y aún mas; porque a mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondía y descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y a mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho Comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la sogá tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana, y allí padeciendo mil importunidades acabó de criar a mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, al cual pareciéndole que yo sería apropósito para adestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fe, había muerto en la batalla de los Gelves; y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía no por mozo, sino por hijo; y así comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí. Y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre; y ambos llorando, me dio su bendición, y dijo: hijo, ya sé que no te veré más; procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he, y con buen amo te he puesto; válete por ti. Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra que casi tiene forma de toro; y el ciego mandome que llegase cerca del animal, y allí puesto me dijo: Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza a par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada; y díjome: necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo, y rió mucho de la burla.

Pareciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mí: verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró gerigonza. Y como me viesse de buen ingenio, holgábase mucho, y decía: yo oro ni plata te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré. Y fue así, que después de Dios éste me dio la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar a vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos dejarse bajar, siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila.

Ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo reposado y muy sonable, que hacía reresonar la Iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando, sin hacer gestos ni visages con boca ni ojos, como otros suelen Allende de esto tenía otras mil formas y maneras pari sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mugeres que no parían; para las que estaban de parto; para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas, si traían hijo o hija; pues en caso de medicina decía que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos y males de madre. Finalmente nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía: haced esto, haréis estotro, ceced tal yerba, tomad tal raíz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mugeres, que cuanto les decía creían. De éstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año. Mas también quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto que me mataba a mi de hambre, y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contraminaba ,de tal suerte, que siempre o las más veces me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo. Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella lacería que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada: y después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura que muchas veces del un lado del faldel descocía y tornaba a coser, sangraba el avariento faldel; sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longanizas. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podía sisar y hurtar, traía en medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía: qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban: en ti debe de estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacía, y luego él tornaba a dar voces, diciendo: ¿mandan rezar tal y tal oración? como suelen decir.

Usaba poner cabe si un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados; y tornábale a su lugar; mas durome poco, que en los tragos conocía la falta; y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán, que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha; la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan

astuto, pienso que me sintió: y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas tapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo como estaba hecho al vino, moría por él y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; y al calor de ella, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobrete iba a beber no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No diréis, tío, que os lo bebo yo, decía, pues no le quitáis de la mano. Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla: mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido; y luego otro día, teniendo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, senteme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, y ayudándose, como digo, con todo su poder; de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego: y aunque me quería y, regalaba, y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavome con vino las roturas que con los pedazos de jarro me había hecho, y sonriéndose, decía: que te parece, Lázaro, lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que a mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él: mas no lo hice tan presto, por hacerlo más a mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía; que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decía, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿pensáis que este mi mozo es algún inocente? pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que le oían, decían: mira, quien pensara de un mocho tan pequeño tal ruindad, y reían mucho del artificio, y decíanle: castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habréis; y él con aquello nunca otra cosa hacía: y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede por le hacer mal y daño. Si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto; que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced a cuánto se estendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy lisonjera. Arrimábase a este refrán *más da el duro que el desnudo*. Y vinimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníámonos; donde no, al tercero día hacíamos San Juan. Acaeció que llegando a un lugar que llaman *Almorox*, al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los costos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto; y de lo que a él se llegaba acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme; que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de el tanta parte como yo. Partillo hemos de esta manera: tu picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva, yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, más aún pasaba adelante, dos a dos t tres a tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañádomehas: juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres. No comí, dije, yo: mas ¿por qué sospecháis eso? Respondió el sagacísimo ciego: ¿sabes en qué veo que las comiste tres a tres? en que comía yo dos a dos, y callabas. Reime entre mí, y aunque mochacho, noté la discreta consideración del ciego. Mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron; y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del Duque de ella, y diome un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandome que fuese por él de vino a la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladrón: y fue que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que por no ser para la olla, debió de ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador: el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado. Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza: y cuando vino, hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aún no había conocido, por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallose en frío con el frío nabo, alterose y dijo: ¿qué es esto, Lazarillo? ¡Lazerado de mí, dije yo, si queréis a mi echar algo! ¿yo no vengo de traer el vino? alguno estaba ahí, y por burlar haría esto. No no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible. Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio; mas poco me aproveché, pues a las astucias del maldito

ciego nada se le escondía. Levantose y asiome por la cabeza y llegose a olerme, y como debió sentir el huelgo a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abriome la boca más de su derecho, y desatentadamente metía la nariz, la cuál él tenía luenga y afilada, que en aquella sazón con el enojo se había aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo. Con esto y con el gran miedo que tenía y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no había hecho asiento en el estómago; y lo más principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogado me tuvo: todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto a su dueño de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa tal alteración sintió mi estómago, que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza a un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh, gran Dios! ¡quién estuviera a aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! fue tal el corage del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme dentre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rascañado el pescuezo y la garganta: y esto bien lo merecía, pues por mi maldad me venían tantas persecuciones. Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía injusticia en no se las reír. Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecía, y fue no dejalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado; que con solo apretar los dientes se me quedaran en casa, y con ser de aquel malvado por ventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera a Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le había traído, laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual discataba el mal ciego donaires, diciendo: por verdad más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo de año, que yo bebo en dos. A lo menos Lázaro eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te enjendró, mas el vino mil te ha dado la vida. Y luego contaba cuantas veces me había descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo, dijo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú; y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre que sin duda debía tener espíritu de profecía; y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se los pagué, considerando lo que aquel día me dijo, salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determine de todo en todo dejalle, y como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmelo más. Y fue así que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna, y había llovido mucho la noche antes, y porque el día también llovía, andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojábamos. Mas como la noche se venía y el llover no cesaba, djíome el ciego: Lázaro, esta agua es muy

porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia: acojámonos a la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo que con la mucha agua iba grande; yo le dije: tío, el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por donde travesemos más ahína sin mojarnos, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos a pie enjuto. Pareciole buen consejo y dijo: discreto eres, por esto te quiero bien: llévame a ese lugar, donde el arroyo se ensangosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados. Yo que vi el aparejo a mi deseo, saquele debajo los portales y llevele derecho de un pilar o poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele: tío este es el paso más angosto que en el arroyo hay. Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llebávamos de salir del agua que encima nos caía, y lo más principal porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fue por darme de él venganza. Creyose de mí, y dijo: ponme bien derecho y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele: sus, salta todo lo que podáis, porque deis de este cabo del agua. Aún apenas lo había acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón, de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto y hendida la cabeza. ¡Cómo! ¿y oliste la longaniza y no el poste? oledle, dije yo. Y déjole en poder de mucha gente que le había ido a socorrer, y tomo la puerta de la villa en los pies de un trote; y antes que la noche viniese, di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios de él hizo, ni curé de lo saber.

## CAPITULO II

### *Cómo Lázaro se asentó con un clérigo y de las cosas que con él pasó*

Otro día no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un Clérigo, que llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa; yo dije que sí, como era verdad; que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una de ellas fue ésta. Finalmente, el Clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más, sino que toda la lacería del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era, o lo había anejado con el hábito de clerecía. Él tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con un agujeta del paletoque: y en viendo el bodigo de la Iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornaba a cerrar el arca: en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en alguna tabla, o en el armario algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece a mí, que aunque de ello no me aprovechara, con la vista de ello me consolara: solamente había una horca de cebollas y tras la llave en una cámara en lo alto de la casa; de estas tenía yo de ración una para cada cuatro días; y cuando le pedía la

llave para ir por ella, si alguno estaba presente echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo: toma, y vuélvela luego, no hagáis sino golosinar; como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenía tan bien por cuenta, que si por mal de mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro. Finalmente yo me finara de hambre, pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más: cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar: verdad es que partía conmigo del caldo; que de la carne tan blanco el ojo, sino un poco de pan: y pluguiera a Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella la cocía, y comía los ojos y la lengua, y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos, y dábamelos en el plato, diciendo: toma, come, triunfa, que para ti es el mundo: mejor vida tienes que el Papa: ¡tal te la dé Dios! decía yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine a tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaban. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en que dalle asalto: y aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacía al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció: que todavía aunque astuto, con faltalle aquelpreciado sentido, no me sentía. Mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese, como él tenía. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía, que no era de él registrada: el un ojo tenía en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el cajo como si fueran azogue. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta, y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar. No fui yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, o por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino: mas. aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz, compasaba de tal forma que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, decíame: mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos a costa agena, comía como lobo y bebía más que un saludador. Y, porque dije mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces: y esto era porque comíamos bien y, me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la Extremaunción, como manda el Clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, porque le echase a la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de este mundo: y cuando alguno de estos escapaba (Dios me lo perdone), que mil veces le daba al diablo, y el que se moría otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas: porque en todo el tiempo que allí estuve, que serían cuasi seis meses, solas veinte personas fallecieron; y estas bien creo que las maté yo, o por mejor decir, murieron a un recuesta: porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mi vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba, que si el día que enterrábamos, yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más lo sentía; de manera que en

nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí como para los otros deseaba algunas veces. Mas no la vía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé, muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera, por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venía; y la otra, consideraba y decía: yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dejándole topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si de este desisto y doy con otro más bajo, ¿qué será sino fenecer? Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines, y a abajar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal aflicción, que plega al Señor librar de ella a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor; un día que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegose acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por mano de Dios en aquel hábito, y preguntome si tenía algo que adobar.

En mí teníades bien que hacer; y no haríades poco, si me remediásedes, dije paso que no me oyó. Mas como no era tiempo de gallo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije: tío, una llave de esta arca he perdido, y temo mi señor me azote. por vuestra vida veáis, si en estas que traéis, hay alguna que lo haga, que yo os lo pagaré. Comenzó a probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traía, y yo a ayudalle con mis flacas oraciones: cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arca; y abierto, díjele; yo no tengo dineros que dar por la llave, mas tomad de ahí el pago. Él tomó un bodigo de aquéllos, el que mejor le pareció, y dejándome mi llave se fue muy contento, dejándome más a mí. Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida; y aun porque me vi de tanto bien señor, pareciome que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel había llevado; y otro día en saliendo de casa, abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta: y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida, y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero día me vino la terciana derecha; y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arca, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarías decía, S. Juan y ciégale.

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo: si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado de ella panes; pero de hoy más, sólo por cerrar puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos; nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios, dijo yo entre mí; parecíame con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero, y comenzome el estómago a escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fue fuera de casa, yo por consolarme abrí el arca, y como vi el pan comencelo de adorar (no osando recibillo), contelos, si a dicha

el lacerado se errara; y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer, fue dar en ellos mil besos: y lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel día, no tan alegre como el pasado: mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte, tanto que otra cosa no hacía en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo a mi memoria un pequeño remedio que considerando entre mí, dije: este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros; puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño a este pan. Sacarlo entero, no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre, y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro: de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé su poco, después como quien toma gragea, lo comí, y algo me consolé. Mas él como viniese a comer y abriese el arca, vio el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habían hecho porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo a otro, y vio ciertos agujeros por do sospechaba habían entrado, y llamome diciendo: Lázaro, mira, mira que persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería. ¿Qué ha de ser, dijo él? ratones que no dejan cosa a vida. Pusímonos a comer, y quiso Dios que aun en esto me fue bien: que me cupo más pan que la lacería que me solía dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: cómete eso, que el ratón cosa limpia es. Y así aquel día añadiendo la ración del trabajo de mis manos o de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡Oh Señor mío! dije yo entonces: ¡a cuanta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos! ¡y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lacería, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este lacerado de mi amo, y poniéndole más diligencia de la que él de suyo tenía (pues los míseros por la mayor parte nunca dea aquella carecen), ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos.

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dio fin a sus obras, diciendo: agora, dones traidores ratones, conviene os mudar propósito, que en esta casa mala medra tenéis.

De que salió de su casa, voy a ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho; y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados; y de ellos todavía saqué alguna lacería, tocándolos muy ligeramente, a viso de esgremidor diestro.

Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre noche y día estaba pensando la manera que ternía en sustentar el vivir: y pienso para hallar estos negros

remedios que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura; y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podría valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levanteme muy quedito, y habiendo en el día pensado lo que había de hacer, y dejado un cachillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voime al triste arcaz, y por do había mirado tener menos defensa, lo acometí con el cuchillo, que a manera de barreno de él usé: y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto echo, abro muy paso la llagada arca, y al tiento del pan que hallé partido, hice según de yuso está escripto. Y con aquello algún tanto consolado, tornando a cerrar me volví a mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacía mal, y echábalo al no comer; y así sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados del Rey de Francia.

Otro día fue por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó a dar al diablo los ratones y decía: ¿qué diremos a esto,? nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora. Y sin duda debía de decir verdad, porque si casa había de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquélla de razón había de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas para tapallos. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pie con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día, destapaba yo de noche.

En tal manera fue, y tal priesa nos dimos, que sin duda por esto se debió de decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente parecíamos tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día, rompía yo de noche. Y en pocos días y noches pusimos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, más corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara según la clavazón y tachuelas sobre sí tenía. De que vio no aprovecharle nada su remedio dijo: este arcaz está tan maltratado, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda, y va ya tal, que si andamos más con él, nos dejará sin guarda; y aún lo peor, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro a estos ratones malditos. Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca: lo cual para mí era singular auxilio, porque puesto caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan, ratonado y el queso comido, y no cayele el ratón que lo comía, dábase al diablo, preguntaba a los vecinos qué podría ser, comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer y ni quedar dentro el ratón, y hallar caída la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no fuera menos de haber caído alguna vez. Díjole un vecino: en vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe de ser, sin duda: y lleva razón, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase a salir. Cuadró a todos lo que aquel dijo, y alteró mucho a mi amo; y dende en adelante no dormía tan a sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que

de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote que a la cabecera (desde que aquello lo dijeron) ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía, y a mí no dejaba dormir. Íbase a mis pajas y trastornábalas y a mí con ellas, pensando que se iba para mí, y se envolvía en mis pajas o en mi sayo, porque le decían que de noche acaecía a estos animales buscando calor irse a las cunas donde están criaturas, y aun mordellas y hacerles peligrar. Yo las más veces hacía del dormido, y en la mañana decíame él: esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor. Plega a Dios que no me muerda, decía yo, que harto miedo le tengo. De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño que mi fe la culebra, o el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca: mas de día mientras estaba en la Iglesia o por el lugar hacía mis saltos.

Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo. Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenía, y pareciome lo más seguro metella de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego, la tenía tan hecha bolsa, que me acaesció tener en ella doce o quince maravedís todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, quel maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy a menudo. Pues así como digo; metía cada noche la llave en la boca, y dormía sin recelo que, el brujo de mi amo cayese con ella. Mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es diligencia.

Quisieron mis hados, o por mejor decir mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba, salía por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba (según mi desastre quiso) muy recio: de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó, sin duda sea el silbo de la culebra; y cierto lo debía parecer. Levantose muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vio, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mío se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo, y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a mí, y dándome grandes voces llamándome procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me había hecho; y con mucha priesa fue a buscar lumbre; y llegando con ella, hallome quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella. Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave, mirola sacándomela del todo de la boca, y vio lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego a proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: el ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda he hallado.

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de como esto que he contado oí (después que en mí torné), decir a mi amo, el cual a cuantos allí venían, lo contaba por estenso. Al cabo de tres días yo torné en mi sentido y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada, y llena de aceites y unguentos, y espantado dije: ¿qué es esto? Respondiome el cruel sacerdote: a aquellos ratones y culebras que me destruían, ya los he cazado. Y miré por mí y vime tan maltratado, que luego sospeché mi mal. A esta hora entró una vieja que ensalmaba y los vecinos, y comiéndanme quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo; y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho, y dijeron: pues ha tornado en su acuerdo, placera a Dios no será nada. Ahí tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a réirlas, y yo pecador a llorarlas. Con todo esto diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar: y así de poco en poco a los quince días me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre y medio sano. Luego otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacome la puerta fuera, y puesto en la calle djome: Lázaro, de hoy más eres tuyo y no mío; busca amo y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna a meter en casa y cierra su puerta.

### CAPITULO III

#### *Cómo Lázaro se asentó con un escudero y de lo que le acaeció con él*

De esta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende a quince días se me cerró la herida, mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas después que estuve sano, todos me decían: tú bellaco y gallofero eres; busca busca un amo a quien sirvas. Y ¿a dónde hallara ese? decía yo entre mí, si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no le criase.

Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topome Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Mirome, y yo a él, y djome: mochacho, ¿buscas amo? yo le dije: sí señor. Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo: alguna buena oración rezaste hoy; yo seguile dando gracias a Dios por lo que le oí, y también que me parecía según su hábito y continente ser el que yo había menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevome tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas do se vendía pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario: mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le ve aquí a su contento decía yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

De esta manera anduvimos, hasta que dio las once: entonces se entró en la Iglesia Mayor y yo tras él, y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida; entonces salimos de la Iglesia, y a buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer: bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo que se proveía en junto, y que ya la comida estaría a punto, y tal como yo la deseaba y aun la había menester. En este tiempo dio el reloj la una después de medio día, y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta: entramos en casa, la cual tenía la entrada oscura y lóbrega, de tal manera que parecía que ponía temor a los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él; hecho esto, sentose cabo della, preguntándome muy por estenso de dónde era, y como había venido a aquella ciudad: yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes, y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya cuasi las dos, y no le ver más aliento de comer que a un muerto. Después desto consideraba aquél tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que había visto eran paredes, sin ver en ella silueta ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente ella parecía casa encantada. Estando así, díjome: tú, mozo, ¿has comido? No señor, dije yo, que aún no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré; pues aunque de mañana, yo había almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así: por eso pásate como pudieres, que después cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre, como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné a llorar mis trabajos. Allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del Clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada, y mi cercana muerte venidera, y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije: señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios, de eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado della, hasta hoy día de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo más, porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije yo entre mí: maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo, hallan en la hambre.

Púseme a un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. Él, que vio esto, díjome: ven acá, mozo, ¿qué comes? Yo llegueme a él y mostrele el pan; tomome él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díjome: por mi vida que parece éste buen pan. Y como agora, dije yo, ¿señor, es bueno? Sí a fe, dijo él: ¿a dónde lo hubiste?, ¿es amasado de manos limpias? No sé yo

eso, le dije, mas a mí no me pone asco el sabor dello. Así plega a Dios, dijo el pobre de mi amo; y llevándole a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios; y como le sentí de qué pie cojeaba, dime priesa, porque le vi en disposición si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase; y con esto acabamos casi a una. Comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo; y desde que hubo bebido, convidome con él. Yo por hacer del continente, dije: señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entonces tomé el jarro y bebí no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metiome en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: mozo, párate allí y verás, como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púseme de un cabo y él del otro, e hicimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer; porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa en un colchón, que por no estar muy continuado a lavarse, no lo parecía, aunque servía dél con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí, que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecían a lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco; y sobre aquel hambriento colchón un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí a la plaza hay gran trecho: también en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean: pasemos como podamos, y mañana viniendo el día, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveído, antes he comido estos días por allá fuera; mas agora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer. Vivirás más sano, me respondió; porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco. Si por esa vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha a tenella toda mi vida.

Acostose en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubón, y mandome echar a sus pies, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos on toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no había libra de carne: y también como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual, con el sueño no tenía amistad; maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y a mi ruin fortuna allí lo más de la noche y lo peor no osándome, revolver por no despertalle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón, sayo y capa, yo que le servía de pelillo, y vísteseme muy a su placer despacio, echele aguamanos, y peinose, y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía, díjome: ¡oh, si supieses, mozo, qué pieza es esta! no hay marco de oro en el mundo porque yo la diese: mas así ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó a ponelle los aceros tan prestos como esta los tiene: y sacola de la vaina, y tentola con los dedos,

diciendo: vesla aquí, yo me obligo con ella a cercenar un copo de lana. Y yo, dijo entre mí, y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornola a meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado, el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama, y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí, al quicio, porque si yo viniere en tanto, pueda entrar. Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no lo conociera, pensara ser muy cercano pariente del Conde de Arcos, o a lo menos camarero que le daba de vestir. Bendito seáis vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y ponéis el remedio. ¿Quién encontrará a aquel mi señor, que no piense según el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama; y aunque agora es de mañana, no le cuenten por bien almorzada? grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿y quién pensará que aquel gentil hombre se paso ayer todo el día con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trujo un día y noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza? ¿y hoy lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos, se hacía servir de la halda del sayo? nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh Señor, y cuantos de aquestos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufrirían!

Así estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle: Torneme a entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto y bajo sin hacer represa ni hallar en qué.

Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro y doy conmigo, en el río: donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta; antes muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas, del verano a refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciendoles más dulzuras, que Ovidio escribió; pero cuando sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él sintiéndose tan frío de bolsa cuanto caliente del estómago, tomole tal calofrío que le robó la color del gesto, y comenzó a turbarse en la plática, y a poner excusas no válidas. Ellas que debían ser bien instruidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era. Yo que estaba corriendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné a casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué.

Púseme a pensar qué haría, y pareciome esperar a mi amo hasta que el día demediase, y si viniese y por ventura trajese que comiésemos; mas en vano fue mi esperanza. Desde que vi ser las dos y no venía, y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tórnome a mi menester con baja y enferma voz, e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las

puertas y casas más grandes que me parecía. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y más de otras dos en las mangas y senos. Volvime a la posada, y al pasar por la tripería, pedí a una de aquellas mugeres, y diome un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas. Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mí, pensé que me quería reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios. Preguntome do venía; yo dije: señor, hasta que dio las dos estuve aquí, y de que vi que vuestra merced no venía, fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado esto que veis. Mostrele el pan y las tripas que en un cabo de la halda traía; a lo cual él mostró buen semblante, y dijo: pues esperado te he a comer, y de que vi que no veniste, comí, mas tú haces como hombre de bien en eso, que más vale pedillo por Dios, que no hurtallo; y así me ayude como ello me parece bien; y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido: nunca a él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo; que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta, ni yo de dalla. Agora, pues, come, pecador, que si Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda dellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mía.

Senteme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por glotón, calló la merienda, comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan; disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no partía sus ojos de mis faldas, que a aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí, como yo había dél, porque sentí lo que sentía, y muchas veces había por ello pasado, y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme a convidalle, mas por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente yo deseaba quel pecador ayudase a su trabajo del mío y se desayunase, como el día antes hizo; pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre: quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque como comencé a comer, él se andaba paseando. Llegose a mí, y díjome: dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo ve hacer, que, no le pongas gana, aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes (dije yo entre mí) te hace parecer la mía hermosa. Con todo pareciome ayudalle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele: señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá a quien no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? -Si, señor.- Dígote, dijo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que así me sepa. -Pues pruebe, señor, y verá que tal está. Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Asentóseme al lado, y comienza a comer, como aquél que lo había gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almodrote, decía, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije entre mí. Pidíome el

jarro del agua, y díselo como lo había traído. Es señal, que pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos pusimos a dormir como la noche pasada. Y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho o diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que había tenido, y buscando mejoría viniese a topar con quien no solo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener. Con todo le quería bien, con ver que no tenía ni podía más, y antes le había lástima que enemistad: y muchas veces, por llevar a la posada con que él lo pasase, y lo pasaba mal: porque una mañana levantándole el triste en camisa, subió a lo alto de la casa a hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha desenvolvile el jubón y las calzas que a la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Éste, decía yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene: mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquéllos es justo, desamar, y aqueste es del haber mancilla. Dios es testigo, que hoy día cuando topó con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que aquel le vi sufrir, al cual con toda su pobreza holgaría de servir más que a los otros, por lo que he dicho sólo tenía del un poco de descontento; que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardaba, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar: el Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando, la vida que digo, quiso mi mala fortuna que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fue, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento, que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad; con pregón, que el que de allí adelante topasen, fuese punidor con azotes. Y así ejecutando la ley, desde a cuatro días que el pregón se dio, vi llevar una procesión de pobres azotando por las cuatro calles, lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio, de los moradores de ella; tanto que nos acaeció estar dos o tres días sin comer bocado ni hablar palabra. A mí dieronme la vida unas mugercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento; que de la lacería que les traían me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió; a lo menos en casa bien los estuvimos sin comer: no sé yo cómo o dónde andaba y qué comía; y verle venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo más largo que gallo de buena casta; y por lo que tocaba a su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aún asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste y oscura; mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecución mi día, no sé por cual dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino a casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dio, diciendo: toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: ve a la plaza, y merca pan, y vino y carne; quebrems el ojo al diablo: y más te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes. Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno, mas tal vista tiene, y tal oscuridad y tristeza: ve y ven presto, y comamos hoy como condes. Tomo mi real y jarro, y a los pies dándoles priesa, comienzo a subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna, que ningún gozo me venga sin zozobra? Y así fue éste, porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearía que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero, a deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos, y gente en unas andas traían. Arrimeme a la pared por darles lugar, y desde que el cuerpo pasó, venía, luego par del lecho una que debía ser la muger del defunto, cargada de luto y con ella otras muchas mugeres; la cual iba llorando a grandes voces, y diciendo: marido y señor mío, ¡a dónde os me llevan! ¡a la casa, triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben! Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ¡oh, desdichado de mí! para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo a todo el más correr que pude para mi casa; y entrando en ella, cierro a grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome de él, que me venga a ayudar y a defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: ¿ques eso, mozo, qué voces das? ¿qué has, por qué cierras la puerta con tal furia? O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto, ¿Cómo así? respondió él. Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su muger: marido y señor mío, ¡a dónde os llevan! ¡a la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donnunca comen ni beben! acá, señor, nos le traen. Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía porque estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía yo ya echada el aldaba a la puerta, y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habían de meter en casa. Y desde que fue ya mas harto de reír que de comer, el bueno de mi amo díjome: verdad es, Lázaro, según la viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre, y ve por de comer.

Déjalos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin vino mi amo, a la puerta de la calle, y ábrela esforzándome; que bien era menester según el miedo y alteración, y me torno a encaminar. Mas, aunque comimos bien aquel día, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres días torné en mi color; y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideración.

De esta manera estuve con mi tercero, y pobre amo, que fue este Escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer día que con él asenté, le conocí ser extranjero por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía. Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba; porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contome su hacienda, y djome ser de Castilla la Vieja, y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero, su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decís y tenía más que vos no errábades en quitárselo primero, pues decís quel también os lo quitaba. Si es, y si tiene, y también me lo quitaba él a mí; mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen más. Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber, que yo soy, como ves un Escudero mas vótote a Dios, si al Conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle si la hay antes que llegue a mí por no quitárselo: que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al Rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un día deshonoré en mi tierra a un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decía: mantenga Dios a vuestra merced. Vos, D. Villano Ruin, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? ¿mantengaos Dios, me habéis de decir, como si fuese quienquiera? De allí adelante de aquí acullá me quitaba el bonete y hablaba como debía. ¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro, dije yo, decirlo que le mantenga Dios? Mira, mucho de en hora mala, dijo él, a los hombres de poca arte dicen eso, mas a los más altos como yo, no les han de hablar menos de: beso las manos de vuestra merced; o por lo menos, bésoos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca más le quise sufrir, ni sufría, ni sufriré a hombre del mundo del Rey abajo, que mantengaos Dios, me diga. Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que a estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientos mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que a no estar derribado, como está, daría cada año más de doscientos palominos; y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra; y vine a esta ciudad, pensando que hallaría un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no los sacaré de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan, mas servir a estos es gran trabajo, porque de hombres os habéis de convertir en malilla, y si no, anda con Dios, os dicen: y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más ciertas comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubón, o raída capa o sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su lacería; pues por ventura ¿no hay en mi habilidad para servir y contentar a éstos? Por Dios si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabría mentille tan bien como otro, y agradalle a las mil maravillas, reñle a mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo:

nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver, y ponerme a reñir, donde él lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba; si reñiese con alguno su criado unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado; decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador; malsinar a los de casa y a los de fuera; pesquisar y procurar de saber vidas ajenas, para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy día se usan en Palacio, y a los señores del parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el Señor se puede descuidar. Y con estos los astutos usan, como digo, el día de hoy de lo que yo usaría; mas no quiere mi ventura que le halle.

Desta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo dándome relación de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce o trece reales. Y él les dio muy buena respuesta, que saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos, y que a la tarde volviesen. Mas su salida fue sin vuelta; por manera que a la tarde ellos volvieron, mas fue tarde: yo les dije, que aún no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuime a las vecinas, y conteles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino: mas a estotra puerta. Las mugeres le responden: veis aquí su mozo y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adonde estaba, y que tampoco había vuelto a casa desde salió a trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el truco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano y, helos do vuelven luego con ellos, y toman la llave y llámanme y llaman testigos y abren la puerta, y entran a embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada como he contado, y dícenme: ¿ques de la hacienda de tu amo? sus arcas y paños de pared, y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado a alguna parte. Señor alguacil, prended a este mozo, que él sabe donde está. En esto vino el alguacil y echome mano por el collar del jubón, diciendo: mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo. Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar sí había sido muchas veces, mas era mansamente de él tratado, para que mostrase el camino al que no vía; yo hube mucho miedo, y llorando prometile de decir, lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos: pues dí lo que sabes y no hayas temor. Sentose el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome qué tenía. Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron. En su tierra, les respondí. Por Dios que está bueno el negocio, dijeron ellos; ¿y a dónde es su tierra? De Castilla la Vieja me dijo él que era, les dije. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo, bastante relación es ésta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que

estaban presentes dijeron: señores, éste es un niño inocente, y ha pocos días que está con ese Escudero, y no sabe del más que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y a las noches se iba a dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme dándome por libre: y el alguacil y el escribano piden al hombre y a la muger sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido: porque ellos alegaron, no ser obligados a pagar, pues no había de qué, ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más, por venir a aquél. Finalmente después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces: no sé en qué paró. Creo yo quel pecador alfamar pagara por todos; y bien se empleaba, pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha: pues señalándose todo lo que podría contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase huyese de mí.

#### CAPITULO IV

*Como Lázaro se asentó con un fraile de la merced y de lo que le acaeció con él*

Hube de buscar el cuarto, y éste fue un fraile de la Merced, que las mugercillas que digo me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente: gran enemigo del coro y de comer en el convento: perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto pienso que rompía él más zapatos que todo el convento. Éste me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho días, ni yo pude con su trote durar más. Y por eso y otras cosillas que no digo, salí del.

#### CAPITULO V

*Como Lázaro se asentó con un buldero y de las cosas que con él pasó*

<sup>(44)</sup>En el quinto que por mi ventura di, fue un buldero, el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamás yo vi, ni ver espero, ni pienso nadie vio; porque tenía y buscaba modos y maneras, y muy sotiles invenciones. Él entrando en los lugares do habían de presentar la bula, primero presentaba a los clérigos o curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana, si era por el tiempo; un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y

llamasen sus feligreses a tomar la bula, ofreciéndosele a él las gracias. Informábase de la suficiencia dellos: si decían que entendían, no hablaba palabra en latín, por no dar tropezón: mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua; y si sabían que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo, que más con dineros que con letras y con reverandas se ordenan, hacíaase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latín, a lo menos que lo parecía, aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veía hacer, sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia. En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos o tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bula, ni a mi ver tenían intención de se la tomar: estaba dado al diablo con aquello; y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana para despedir la bula. Y esa noche después de cenar pusieron a jugar la colación él y el alguacil, y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas palabras. El llamó al alguacil ladrón, y el otro a él falsario; sobre esto el señor Comisario, mi señor, tomó un lanzón que en el portal do jugaban estaba; el alguacil puso mano a su espada, que en la cinta tenía. Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métese en medio; y ellos muy enojados, procurándose de desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cárgase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo a mi amo, que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas; finalmente los del pueblo viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada a otra parte; y así quedó mi amo muy enojado. Y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida mi amo se fue a la Iglesia y mandó tañer a misa y al sermón para despedir la bula y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo había descubierto: de manera que tras que tenían mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor Comisario se subió al púlpito, y comienza su sermón, y a animar la gente, a que no quedasen sin tanto bien e indulgencia como la santa bula traía. Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la Iglesia el alguacil; y desque hizo oración, levántose, y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó a decir:

Buenos hombres, oídme una palabra, que después oiréis a quien quisieréis. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y agora visto el daño que haría a mi conciencia y a vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho os declaro claramente que las bulas que predica son falsas, y que no le creáis ni las toméis, y yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora deixo la vara y doy con ella en el suelo: y si en algún tiempo éste fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos como yo no soy con él, ni le doy a ello ayuda; antes os desengaño y declaro su maldad; y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados que allí estaban, se quisieron levantar, y echar al alguacil fuera de la Iglesia por evitar escándalo, mas mi amo les fue a la mano, y mandó a todos que sopena de excomunión no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él también tuvo silencio, mientras el alguacil dijo, todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si quería decir más, que lo dijese. El alguacil dijo: harto más hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora basta. El señor Comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos y mirando al cielo dijo así: Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible; tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que a mí toca, yo le perdono, por que tú, Señor, me perdones. No mires a aquél, que no sabe lo que hace ni dice: mas la injuria a ti hecha, te suplico y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito a las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera: que si es verdad lo que aquél dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él y yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y a aquel persuadido del demonio (por quitar y privar a los que están presentes de tan gran bien) dice maldad, también sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo que la Iglesia toda hizo resonar; y comenzó a bramar y echar espumajos por la boca y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo a una parte y a otra. El estruendo, y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decían: el Señor le socorra y valga; otros: bien se lo emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas a los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas, y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase: y así lo tuvieron un gran rato; porque más de quince hombres estaban sobre él, y a todos daba las manos, llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la Iglesia había, no eran parte para apartalle de su divina contemplación. Aquellos buenos hombres llegaron a él, y dando voces lo despertaron y le suplicaron quisiese socorrer a aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase a las cosas pasadas ni a sus dichos malos, pues ya dellos tenía el pago; mas si en algo podía aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía, por amor de Dios lo hiciese; pues ellos veían clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor Comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y a todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo: buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado, mas pues él nos manda, que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle, que cumpla lo que nos manda, y su majestad perdone a éste que le ofendió, poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos a suplicarle. Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen a nuestro Señor tuviese por bien de perdonar a aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si su Majestad había permitido que por su gran pecado en él entrase. Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban a cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar a toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasión de predicador y auditorio devoto; suplicando a nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que a aquél en caminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados. Y esto hecho, mandó traer la bula y púsoela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco a poco a estar mejor y tornar en sí. Y desde fue bien vuelto en su acuerdo, echose a los pies del señor Comisario, y demandándole perdón, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer a él daño y vengarse del enojo, lo otro y más principal, porqué el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y a tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella; marido y muger, hijos e hijas, mozos y mozas.

Divulgose la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos: y citando a ellos llegábamos, no era menester sermón ni ir a la Iglesia; que a la posada la venían a tomar, como si fueran peras que se dieran de valde: de manera que en diez o doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón. Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado que también fui dello espantado, y creí que así era como otros muchos. Mas con ver después la risa y burla que mi amo y al alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí como había sido industriado por el industrioso e inventivo de mi amo; y aunque mochacho, cayome mucho en gracia, y dije entre mí: cuántas destas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente.

Finalmente estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas.

## CAPITULO VI

*Cómo Lázaro se asentó con un capellán y lo que le acaeció con él*

Después desto asenté con un maestro de pintar panderos para molelle los colores; y también sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un día en la Iglesia mayor, un capellán della me recibió por suyo, y pásoseme en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé a echar agua por la ciudad.

Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida: daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todos los demás entre semana de treinta maravedís. Fueme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubón de fustán viejo, y un sayo raído de manga tranzada y puerta; y una capa que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase un asno, que no quería más seguir aquel oficio.

## CAPITULO VII

### *Cómo Lázaro se asentó con un alguacil y de lo que le acaeció con él*

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil, mas muy poco viví con él por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos; y a mi amo que esperó, trataron mal, mas a mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento para tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme, y ponerme en camino y manera provechosa; y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fue un oficio Real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen: en el cual el día de hoy yo vivo y resido a servicio de Dios y de Vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas; acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar a voces sus delitos: pregonero hablando en buen romance. Hame sucedido también, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino a vender o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hace cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor Arcipreste de S. Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer y así me casé con ella: y hasta agora no estoy arrepentido, porque allende de ser buena hija, y diligente servicial, tengo en mi señor Arcipreste todo favor y ayuda: y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo, por las Pascuas su carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja, e hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa: mas malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dejan

vivir, diciendo no sé qué: y si sé que ven a mi mujer irla a hacer la cama y guisarle de comer; y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque allende de no ser ella muger que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un día muy largo delante della, y me dijo: Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas, nunca medrará: digo esto, porque no me maravillaría alguno murmurase viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir della. Ella entra muy a tu honra y suya, y esto te lo prometo; por tanto no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo, a tu provecho. Señor, le dije, yo determiné arrimarme a los buenos: verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por más de tres veces me han certificado, que antes que conmigo casase había parido tres veces, hablando con reverencia, de vuestra merced, porque esté ella delante. Entonces mi mujer echó juramento sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros, y después tomose a llorar y a echar mil maldiciones sobre quien conmigo la había casado: en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiese soltado aquella palabra de la boca. Mas yo, de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso, antes cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo: mira, si sois mi amigo, no me digáis cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi muger, que es la cosa del mundo que yo más quiero, y la amo más que a mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco: que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena muger como vive dentro de las puertas de Toledo, y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mesmo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oído: pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

*Fin de la primera parte*

## PARTE SEGUNDA

(Anónima)

### CAPITULO I

*En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba.*

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta, de unos buenos frutos que en esta tierra se crían para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como extranjeros, que do quiera que llegaba, no había para mí puerta cerrada: y en tanta manera me vi favorecido, que me parece si entonces matara un hombre, o me acaeciera algún caso recio, hallara a todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo a lo mejor que yo había echado en la ciudad, a do hacíamos la buena y espléndida vida y jira. Allí nos aconteció muchas veces entrar en nuestros pies y salir en agenos: y lo mejor desto es que todo este tiempo maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentían gastar. Antes si alguna vez yo de industria echaba mano a la bolsa fingiendo querello pagar, tomábanlo por afrenta, mirábanme con alguna ira, y decían: *nite, nite, asticol, lanz*; reprendiéndome diciendo: que do ellos estaban, nadie había de pagar blanca. Yo con aquello moríame de amores de tal gente, porque no solo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero cocidas en aquellos cordiales vinos, con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan me henchían la falda y los senos cada vez que nos juntábamos, que tenía en mi casa de comer yo y mi muger hasta hartar una semana entera. Acordábame en estas harturas de las mis hambres pasadas, y alababa al Señor y dábale gracias; que así andan las cosas, y tiempos. Mas, como dice el refrán: *quien bien te hará, o se te irá, o se morirá*; así me acaeció, que se mudó la gran Corte como hacer suele, y al partir fui muy requerido de aquellos mis grandes amigos me fuese con ellos, y que me harían y acontecerían. Mas acordándome del proverbio que dice: *más vale el mal conocido que el bien por conocer*, agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí de ellos. Y cierto, si casado no fuera, no dejara su compañía, por ser gente hecha muy a mi gusto y condición: y es vida graciosa la que viven, no fantásticos ni presuntuosos, sin escrúpulo ni asco de entrarse en cualquier bodegón, la gorra quitada, si el vino lo merece; gente llana y honrada, y tal y tan bien proveída, que no me la depare Dios peor, cuando buena sed tuviere. Mas el amor de la mujer y de la patria, que ya por mía tengo, pues como dicen: *¿de do eres, hombre?* tiraron por mí. Y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana.

Estuve muy a mi placer, con acrecentamiento de alegría y linage por el nacimiento de una muy hermosa niña, que en estos medios mi muger parió, que aunque yo tenía alguna sospecha, ella me juró que era mía: hasta que a la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme a mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarne estos pocos años de sabrosa y descansada vida con otros tantos de trabajos y amarga muerte. ¡Oh gran Dios! ¡y quien podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no deje holgar el tintero, poniendo la pluma a sus ojos!

## CAPITULO II

*Cómo Lázaro por importunación de amigos se fue a embargar para la guerra de Arjel, y lo allá le acaeció*

Sepa vuestra merced que estando el triste Lázaro de Tormes en esta gustosa vida, usando su oficio y ganando él muy bien de comer y de beber, porque Dios no crió tal oficio, y vale más para esto que la mejor Veinticuatría de Toledo, estando asimismo muy contento y pagado con mi mujer y alegre con la nueva hija, sobreponiendo cada día en mi casa alhaja, sobre alhaja mi persona, muy bien tratada, con dos pares de vestidos, unos para las fiestas y otros para de continuo, y mi mujer lo misino, mis dos docenas de reales en el arca. Vino a esta ciudad, que venir no debiera, la nueva para mí y aun para otros muchos, de la ida de Argel; y comenzáronse de alterar unos, no sé cuántos vecinos míos, diciendo: vamos allá que de oro hemos de venir cargados. Y comenzáronme con esto a poner codicia, djélo a mi mujer, y ella con gana de volverse con mi señor el Arcipreste, me dijo: haced lo que quisiéredes, mas si allá vais, y buena dicha tenéis, una esclava querría que me trujédes que me sirviese, que estoy harta de servir toda mi vida. Y también para casar a esta niña, no serían malas aquellas Tripolinas y doblas Zahenas, de que tan proveídos dicen que están aquellos perros moros. Con esto y con la codicia que yo me tenía, determiné (que no debiera) ir a este viaje. Y bien me lo desviaba mi señor el Arcipreste, mas yo no lo quería creer, al fin habían de pasar por mí más fortunas las pasadas.

Y así con un caballero de aquí de la orden de S. Juan, con quien tenía conocimiento, me conserté de le acompañar y servir en esta jornada, y que él me hiciese la costa, con tal que lo que allí ganase fuese para mí. Y así fue que gané y fue para mí mucha malaventura, de la cual aunque se repartió por mucho, yo truje harta parte. Partimos desta ciudad aquel caballero y yo, y otros, y mucha gente muy alegres, y muy ufanos como a la ida todos van, y por evitar prolijidad de todo lo acaecido en este camino no haga relación por no hacer nada a mi propósito. Mas de que nos embarcamos en Cartagena, y entramos en una nao bien llena de gente, y vituallas, y dimos con nosotros donde los otros. Y levantose en el mar la cruel y porfiada fortuna que habrán contado a vuestra merced, la cual fue causa de tantas muertes y pérdida cual en el mar gran tiempo ha no se perdió, y no fue tanto el daño que la mar nos hizo como el que unos a otros nos hicimos; porque como fue de noche y aun de día el tiempo recio de las bravas ondas, y olas del tempestuoso mar tan furiosas, ningún saber había que lo remediase que las mismas naos se hacían pedazos unas con otras, y se anegaban con todos los que en ellas iban. Mas pues sé que de todo lo que en ella pasó y se vio, vuestra merced estará como he dicho, informado de muchos que lo vieron y pasaron, y quiso Dios que escaparon, y de otros a quien aquellos lo han contado: no me quiero detener en ello, sino dar cuenta de lo que nadie sino yo la puede dar, por ser yo solo el que lo vio, y el que de todos los otros juntos que allí estuvieron, ninguno mejor que yo lo vio. En lo cual me hizo Dios grandes mercedes, según vuestra merced oirá. De moro ni de mora no doy cuenta, porque encomiendo al diablo el que yo vi. Mas vi la nuestra nao hecha pedazos por muchas partes, vila a hacer por otras tantas, no viendo en ella mástil ni entena, todas las obras muertas derribadas, y el casco tan hecho cascacos, y tal cual he dicho. Los capitanes y gente granada que en ella iban, saltaron en el barco y procuraron de se mejorar en otras naos, aunque en aquella sazón pocas habían que pudiesen dar favor. Quedamos los ruines en la ruin y triste nao, porque la

justicia y cuaresma diz que es mas para estos que para otros. Encomendámonos a Dios, y comenzámonos a confesar unos a otros, porque dos clérigos que en nuestra compañía iban, como se decían ser caballeros de Jesucristo, fuéronse en compañía de los otros y dejáronnos por ruines. Mas yo nunca vi ni oí tan admirable confesión; que confesarse un cuerpo antes que se muera acaecerá cosa es, mas aquella hora entre nosotros no hubo ninguno que no estuviese muerto; y muchos que cada ola que la brava mar en la mansa nao embestía, gustaban la muerte, por manera que pueden decir que estaban cien veces muertos, y así a la verdad las confesiones eran de cuerpos sin almas. A muchos dellos confesé, pero maldita la palabra me decían sino sospirar y dar tragos en seco, que es común a los turbados, y otro tanto hice yo a ellos; pues estándonos anegando en nuestra triste nao sin esperanza de ningún remedio que para evadir la muerte se nos mostrase después de llorada por mí mi muerte, y arrepentido de mis pecados y más de mi venida allí; después de haber rezado ciertas devotas oraciones que del ciego mi primero amo aprendí aprobadas para aquel menester, con el temor de la muerte vínome una mortal y grandísima sed, y considerando como se había de satisfacer con aquella salada mal sabrosa agua del mar, pareciome inhumanidad usar de poca caridad conmigo mismo, y determiné que en lo que la mala agua había de ocupar era bien engullirlo de vino excelentísimo que en la nao había, el cual en aquella hora estaba tan sin dueño como yo sin alma, y con mucha priesa comencé a beber. Y allende de la gran sed que él temor de la muerte, y la angustia della me puso, y también no ser yo de aquel oficio mal maestro, el desatino que yo tenía sin casi sabor lo que hacía, me ayudó de tal manera, que yo bebí tanto, y de tal suerte me atesté, descansando y tornando a beber, que sentí de la cabeza a los pies no quedar en mi triste cuerpo rincón ni cosa que de vino no quedase llena; y acabado de hacer esto, y la nao hecha pedazos y sumirse con todos nosotros, todo fue uno; y esto sería dos horas después de amanecido: quiso Dios que con el gran desatino que hube de me sentir del todo en el mar sin saber lo que hacía, eché mano a mi espada, que en la cinta tenía, y comencé a bajar por mi mar abajo. Aquella hora vi acudir allí gran número de pescados grandes y menores de diversas hechuras, los cuales ligeramente asiendo con sus dientes de aquellos mis compañeros despedazaban y los talaban. Lo cual viendo, temí que lo mismo harían a mí que a ellos si me detuviese con ellos en palabras, y con esto dejé el bracear que los que se anegan hacen, pensando con aquello escapar de la muerte, de más y allende que yo no sabía nadar, aunque nadé por el agua para abajo, y caminaba cuanto podía mi pesado cuerpo, y comenceme a apartar de aquella ruin conversación priesa y ruido, y muchedumbre de pescados que al traquido que la nao dio acudieron; pues yendo yo así bajando por aquel muy hondo piélago sentí, y vi venir tras mi grande furia de un crecido y grueso ejército de otros peces: y según yo pienso, venían ganosos de saber a que yo sabía; y con muy grandes silbos y estruendo se llegaron a quererme asir con sus dientes: yo que tan cercano a la muerte me vi, con la rabia de la muerte, sin saber lo que hacía, comienzo a esgrimir mi espada que en la diestra mano llevaba desnuda, que aún no la había desamparado; y quiso, Dios me sucediese de tal manera, que en un pequeño rato hice tal riza dellos dando a diestro y a siniestro, que tomaron por partido apartarse de mi algún tanto: y dándome lugar se comenzaron a ocupar en se cebar de aquéllos de su misma nación a quien yo defendiéndome había dado la muerte, lo cual yo sin mucha pena hacía, porque como estos animales tengan poca defensa, y sus cubiertas menos; en mi mano era matar cuantos quería, y a cabo de un gran rato que dellos me aparté, yéndome siempre bajando y tan derecho como si llevara

mi cuerpo y pies fijados sobre alguna cosa, llegué a una gran roca que en medio del hondo mar estaba, y como me vi en ella de pies, holgueme algún tanto, y comencé a descansar del gran trabajo y fatiga pasada, la cual entonces sentí, que hasta allí con la alteración y temor de la muerte no había tenido lugar de sentir.

Y como sea común cosa a los afligidos y cansados respirar, estando sentado sobre la peña de un gran suspiro, y caro me costó porque me descuidé y abrí la boca que hasta entonces cerrada llevaba, y como había ya el vino hecho alguna evacuación, por haber más de tres horas que se había embasado, lo que del fallaba, tragué de aquella, salada y desaborida agua, la cual me dio infinita pena, rifando dentro de mí con su contrario. Entonces conocí como el vino me había conservado la vida, pues por estar lleno dél hasta la boca no tuvo, tiempo el agua de me ofender: entonces vi verdaderamente la filosofía que cerca desto había profetizado mi ciego, cuando en Escalona me dijo: que si a hombre el vino había de dar vida había de ser a mí. Entonces, tuve gran lástima de mis compañeros que en el mar perecieron, porque no me acompañaron en el beber, que si lo hicieran estuvieran allí conmigo, con los cuales yo recibiera alguna alegría. Entonces entre mí lloré todos cuantos en el mar se habían anegado, y tornaba a pensar que quizá aunque bebieran no tuvieran el tesón conveniente, porque no son todos Lázaro de Tormes, que deprendió el arte en aquella insigne escuela, y bodegones toledanos con aquellos señores de otra tierra. Pues estando así pasando por la memoria éstas y otras cosas, vi que venía do yo estaba un gran golpe de pescados, los unos que subían de lo bajo, y los otros que bajaban de lo alto, y todos se juntaron y me cercaron la peña, conocí que venían con mala intención, y con más temor que gana me levanté con mucha pena y me puse en pie para ponerme en defensa; mas en vano trabajaba, porque a esta sazón yo estaba perdido y encallado de aquella mala agua que en el cuerpo se me entró, estaba tan mareado que en mis pies no me podía tener ni alzar la espada para defenderme. Y como me vi tan cercano a la muerte, miré si vería algún remedio; pues buscallo en la defensa de mi espada no había lugar por lo que dicho tengo; y andando por la peña como pude, quiso Dios, hallé en ella una abertura pequeña y por ella me metí; y de que dentro me vi, vi que era una cueva: que en la misma roca estaba, y aunque la entrada tenía angosta, dentro había harta anchura, y en ella no había otra puerta. Pareciome que el Señor me había traído allí para que cobrase alguna fuerza de la que en mí estaba perdida: y cobrando algún ánimo vuelvo el rostro a los enemigos, y puse a la entrada de la cueva la punta de mi espada; y asimismo comienzo con muy fieras estocadas a defender mi homenaje. En este tiempo toda la muchedumbre de los pescados me cercaron, y daban muy grandes vueltas y arremetidas en el agua, y llegábanse junto a la boca de la cueva; mas, algunos que de más atrevidos presumían, procurando de me entrar, no les iba dello bien, y como yo tuviese puesta la espada lo más recio que podía con ambas manos a la puerta, se metían por ella y perdían las vidas: y otros que con furia llegaban heríanse malamente, mas no por esto levantaban el cerco. En esto sobrevino la noche y fue causa que el combate algo más se aflojó, aunque no dejaron de acometerme muchas veces por ver si me dormía, o si hallaban en mi flaqueza.

Pues estando el pobre Lázaro, en esta angustia, viéndose cercado de tantos males, en lugar tan estraño y sin remedio: considerando como mi buen conservador el vino poco a poco me iba faltando: por cuya falta la salada agua se atrevía y cada vez se iba conmigo

desvergonzando, y que no era posible poderme sustentar siendo mi ser tan contrario de los que allí lo tienen, y que asimismo cada hora las fuerzas me iban más faltando, así por haber gran rato que a mi atribulado cuerpo no se había dado refección sino trabajo, como porque el agua digiere y gasta mucho. Ya no esperaba más de cuando el espada se me cayese de mis flacas y tremulentas manos, lo cual luego que mis contrarios viesan, ejecutarían en mi muy amargamente haciendo sus cuerpos sepultura; pues todas estas cosas considerando y ningún remedio habiendo, acudí a quien todo buen cristiano debe acudir, encomendándome al que da remedio a los que no le tienen, que es el misericordioso Dios nuestro Señor. Allí de nuevo comencé a gimir, y llorar mi pecados, y a pedir dellos perdón y encomendarme a él de todo mi corazón y voluntad, suplicándole me quisiese librar de aquella rabiosa muerte, prometiéndole grande enmienda en mi vivir si de dárme la fuese servido. Después torné mi plegarias a la gloriosa santa María madre suya, y Señora nuestra, prometiéndole visitalla, en las sus casas de Monserrat y Guadalupe y la Peña, de Francia, después vuelvo mis ruegos a todos los santos y santas, especialmente a San Telmo y al señor San Amador que también pasó fortunas en la mar cuajada. Y hecho esto, no dejé oración de cuantas sabía que del ciego había deprendido, que no recé con mucha devoción, la del conde, la de la emparedada, la del justo juez, y otras muchas que tienen virtud contra los peligros del agua. Finalmente, el señor por virtud de su pasión, y por los ruegos de los dichos y por lo demás que ante mis ojos tenía, quiso obrar en mí un maravilloso milagro, aunque a su Poder pequeño, y fue: que estando yo así sin alma mareado y medio ahogado de mucha agua, que como he dicho me había entrado a mi pesar, y asimismo encallado y muerto de frío de la frialdad que mientras mi conservador en sus trece estuvo, nunca había sentido, trabajado y hecho pedazos mi triste cuerpo de la congoja y continua persecución, y desfallecido del no comer; a deshora sentí mudarse mi ser de hombre, quiera no me caté, cuando me vi hecho pez ni más ni menos, y de aquella propia hechura y forma que eran los que cercado me habían tenido y tenían, a los cuales, luego que en su figura fui tornado, conocí que eran atunes, entendí como entendían en buscar mi mente y decían: éste es el traidor de nuestras sabrosas y sagradas aguas enemigo: éste es nuestro adversario y de todas las naciones de pescados, que tan ejecutivamente se ha habido con nosotros desde ayer acá hiriendo y matando tantos de los nuestros, no es posible que de aquí vaya, mas venido el día tomaremos dél venganza. Así oía yo la sentencia que los señores estaban dando contra el que ya hecho atún como ellos estaba. Después que un poco estuve descansando y refrescando en el agua, tomando aliento y hallándome tan sin pena y pasión como cuando más sin ella estuve, lavando mi cuerpo de dentro y de fuera en aquella agua que al presente y donde en adelante muy dulce y sabrosa hallé, mirándome a una parte y a otra, por ver si vería en mí alguna cosa que no estuviese convertido en atún; estándome en la cueva muy a mi placer, pensé si sería bien estarme allí hasta que el día viniese, mas hube miedo me conociesen y les fuese manifiesta mi conversión; por otro cabo temía la salida por no tener confianza de mí si me entendería con ellos, y les sabría responder a lo que me interrogasen, y fuese esto causa de descubrirse mi secreto, que aunque los entendía y me veía de su hechura, tenía gran miedo de verme entre ellos. Finalmente, acordé que lo más seguro no era me hallasen allí, porque ya que me tuviesen por dellos, como no fuese hallado, Lázaro de Tormes, pensarían yo haber sido en salvalle y me pedirían cuenta dél: por lo cual me pareció que saliendo antes del día, y mezclándome con ellos, con ser tantos, por ventura no me echarían de ver, ni me hallarían estraño; y como lo pensé así lo puse por obra.

### CAPITULO III

#### *Cómo Lázaro de Tormes hecho atún salió de la cueva, y cómo le tomaron las centinelas de los atunes y lo llevaron ante el general*

En saliendo, señor, que salí de la roca quise luego probar la lengua, y comencé a grandes voces e decir *muera, muera*, aunque apenas había acabado estas palabras, cuando acudieron las centinelas que sobre el pecador de Lázaro estaban y llegados a mí me preguntan quien viva: señor, dije yo, viva el pece y los ilustrísimos atunes: ¿pues por que das voces, me dijeron, qué has visto o sentido en nuestro adversario que así nos alteras? ¿de qué capitanía eres? yo les dije, me pusiesen ante el señor de los Capitanes, y que allí sabrían lo que preguntaban. Luego el uno destos atunes mandó a diez dellos me llevasen, al general y él se quedó haciendo la guarda con más de diez mil atunes. Holgaba infinito de verme entender con ellos, y dije entre mí: el que me hizo esta gran merced ninguna hizo coja. Así caminamos y llegamos ya que amanecía al gran ejército, do había juntos tan gran número de atunes, que me pusieron espanto: como conocieron a los que me llevaban dejáronnos pasar, y llegados al aposento del general, uno de mis guías haciendo su acatamiento contó en que manera y en el lugar do me habían hallado, y que siéndome preguntado por su capitán Licio quién yo era, había respondido que me pusiesen ante el general, y por esta causa me traían ante su grandeza. El Capitán general era un atún aventajado de los otros en cuerpo y grandeza, el cual me preguntó quien era y cómo me llamaba, y en qué capitanía estaba, y qué era lo que pedía, pues pedí ser ante él traído. A esta sazón yo me hallé confuso, y ni sabía decir mi nombre, aunque había sido bien bautizado, escepto si dijera ser Lázaro de Tormes; pues decir de dónde ni de qué capitanía tampoco lo sabía por ser tan nuevamente transformado, y no tener noticia de los mares, ni conocimiento de aquellas grandes compañías, tú de sus particulares nombres, por manera que disimulando algunas de las preguntas que el General me hizo, respondí yo y dije: señor, siendo tu grandeza tan valeroso como por todo el mar se sabe, gran poquedad me parece que un miserable hombre se defienda de tan gran valor y poderoso, ejército, y sería menoscabar mucho su estado, y el gran poder de todos los atunes; y digo, que yo soy tu súbdito y estoy a tu mando y de tu bandera, y ofrezco poner en tu poder sus armas y despojo, y si no lo hiciere que mandes hacer justicia cruel de mí; aunque por sí o por no, no me ofrecí a darle a Lázaro por no ser tomado en malatín; y este punto no fue de latín, sino de letrado mozo de ciego. Hubo desto el General placer por ofrecerme a lo que me ofrecí y no quiso saber de mí mas particularidades; mas luego respondió y dijo: verdad es que por escusar muertes de los míos está determinado tener cercado a aquel traidor y tomalle por hambre, mas si tú te atreves a entralle como dices, serte ha muy bien pagado, aunque me pesaría si por hacer tú por nuestro Señor el Rey y mí, tomases muerte en la entrada como otros han hecho, porque yo precio mucho a los mis esforzados atunes, y a los que con mayor ánimo veo, querría guardar más como buen capitán debe hacer. Señor, respondí yo, no tema su ilustrísima excelencia mi peligro que yo pienso lo efectuar sin perder gota de sangre. Pues si así es, el servicio es grande y te lo pienso bien gratificar, y pues el día se viene yo quiero ver como cumples lo que has prometido. Mandó luego o a los que tenían cargo que moviesen contra el lugar donde el enemigo

estaba, y esto fue admirable cosa de ver mover un campo pujante y caudaloso, que cierto nadie lo viera a quien no pusiese espanto. El capitán me puso a su lado preguntándome la manera que pensaba tener para entralle, yo se la decía fingiendo grandes maneras y ardidés, y hablando llegamos a las centinelas que algo cerca de la cueva o roca estaban. Y Alicio el capitán, el cual me había enviado al General, estaba con toda su compañía bien a punto, teniendo de todas partes cercada la cueva, más no por eso que ninguno se osase llegar a la boca della, porque el General lo había enviado a mandar por evitar el daño que Lázaro hacía, y porque al tiempo que yo fui convertido en atún quedose la espada puesta a la puerta de la cueva, de aquella manera que la tenía cuando era hombre, la cual los atunes veían temiendo que el revelado la tenía, y estaba tras la puerta. Y como llegamos, yo dije al General mandase retraer los que el sitio tenían, y que así él como todos se apartasen de la cueva: lo cual fue hecho luego. Y esto hice yo porque no viesen lo poco que había que hacer en la entrada; yo me fui solo y dando muy grandes y prestas vueltas en el agua, y lanzando por la boca grandes espadañadas della; en tanto que yo esto hacía andaba entre ellos de hocico en hocico la nueva cómo yo me había ofrecido de entrar al negocio, y oía decir él morirá como otros tan buenos y osados han hecho: dejadle que presto veremos su orgullo perdido: yo fingía que dentro había defensa, y me echaban estocadas como aquél que las había echado, y fuía el cuerpo a una y otra parte. Y como el ejército estaba desmayado no tenía lugar de ver que no había qué ver, tornaba otras veces a llegarme a la cueva, y acometella con gran ímpetu y a desviarme como antes. Y así anduve un rato fingiendo peleas sólo por encarecer la cura: después que esto hice algunas veces, algo desviado de la cueva, comienzo a dar grandes voces porque el General y ejército me oyesen, y a decir: ¿o mezquino hombre, piensas que te puedas defender del gran poder de nuestro gran Rey y Señor, y de su valeroso y gran Capitán, y de los de su pujante ejército? ¿Piensas pasar sin castigo de tu gran osadía, y de las muchas muertes que por tu causa se han hecho en nuestros amigos y deudos? Date, date a prisión al insigne y gran caudillo, por ventura habrá de ti merced. Rinde, rinde las armas que te han valido, sal del lugar fuerte do estás, que poco te ha de aprovechar, y métete en poder del que ningún poder en el gran mar lo iguala. Yo que estaba, como digo, dando estas voces todo para almohazar los oídos al mandón, como hacer se suele por ser cosa de que ellos toman gusto, llega a mí un atún, el cual me venía a llamar de parte del General, yo me vine para él, al cual y a todos los más del ejército hallé finados de risa. Y era tanto el estruendo y ronquidos que en el reír hacían, que no se oían unos a otros; como yo llegué espantado de tan gran novedad mandó el capitán General que todos callasen, y así hubo algún silencio, aunque a los más les tornaba a arreventar la risa, y al fin con mucha pena oí al General que me dijo: compañero, si otra forma no tenéis en entrar la fuerza a nuestro enemigo que la de hasta aquí, ni tu cumplirás tu promesa, ni yo soy cuerdo en estarte esperando, y mas que solamente te he visto acometer la entrada y no has osado entrar, mas de verte poner con eficacia en persuadir a nuestro adversario lo que debe de hacer cualquiera. Y esto al parecer mío y de todos éstos, tenías bien escusado de hacer, y nos parece tiempo muy mal gastado, y palabras muy dichas a la llana, porque ni lo que pides, ni lo que has dicho en mil años lo podrás cumplir, y desto nos reímos, y es muy justa nuestra risa ver que parece que estás con él platicando como si fuese otro tú, y en esto tornaron a su gran reír. Y yo caí en mi gran necedad y dije entre mí: si Dios no me tuviese guardado para más, bien de ver es a estos necios lo poco y malo que yo sé usar de atún, y caerían en que si tengo el ser, no es natural. Con todo quise remediar mi yerro y

dije: cuando hombre señor tiene gana de efectuar lo que piensa, acaécele lo que a mí. Alza el capitán y todos otra mayor risa, y díjome: luego hombres eres tú. Estuve por responder: tú dixisti. Y cabía bien, mas hube miedo que en lugar de rasgar su vestidura se rasgara mi cuerpo: y con esto me dejé las gracias para otro tiempo más conveniente. Yo viendo que a cada paso decía mi necedad, y pareciéndome que a pocos de aquellos jaques podría ser mate comenceme a reír con ellos, y sabe Dios que regañaba con muy fino miedo que aquella sazón tenía. Y díjele: gran Capitán, no es tan grande mi miedo como algunos lo hacen, que como yo tengo contienda con hombre, vase la lengua a lo que piensa el corazón, mas ya me parece que tardo en cumplir mi promesa, y en darte venganza de nuestro contrario; contando con tu licencia quiero volver a dar fin a mi hecho. Tú la tienes, me dijo. Y luego muy corrido y temeroso de tales acaecimientos me volví a la peña, pensando cómo me convenía estar más sobre el aviso en mis hablas, y llegando a la cueva, acaeciome un acaecimiento y tornándome a retraer muy de presto me junté del todo a la puerta, y tomé en la boca la que otras veces en la mano tomaba, y estuve pensando qué haría, si entraría en la cueva, o iría a dar las armas a quien las prometí. En fin pensé si entrara por ventura sería acusado de ladronicio, diciendo: habello yo comido, pues no había de ser hallado, el cual era caso feo y digno de castigo. En fin vuelvo al ejército, el cual ya movía en mi socorro, porque me había visto cobrar la espada, y aun por mostrar yo más ánimo cuando la cobré de sobre la pared que a la boca de la cueva estaba, esgremí torciendo el hocico, y a cada lado hice con ella casi como un revés. Llegando al General, humillando la cabeza ante él, teniendo como pude el espada por la empuñadura en mi boca dije: gran señor, veis aquí las armas de nuestro enemigo, que hoy no hay más que temer la entrada pues no tiene con qué defenderla. Vos lo habéis hecho como valiente atún, y seréis galardonado de tan gran servicio, y pues con tanto esfuerzo y osadía ganastes la espada y me parece os sabréis aprovechar della mejor que otro, tenedla hasta que tengamos en poder este malvado. Y luego llegaron infinitos atunes a la boca de la cueva, mas ninguno fue osado de entrar dentro porque temían no le quedase puñal, yo me prefería ser el primero de la escala, con tal que luego me siguiesen y diesen favor; y esto pedía porque, hubiese testigos de mi inocencia, mas tanto era el miedo que a Lázaro habían, que nadie quería seguirme, aunque el General prometía grandes dádivas al que conmigo se secundase. Pues estando así, díjome el gran Capitán qué me parecía que hiciese, pues ninguno me quería ser compañero en aquella peligrosa entrada. Y yo respondí: que por su servicio me atrevería a entrarla sólo si me asegurasen la puerta, que no temiesen de ser conmigo. Él dijo que así se haría, y que cuando los que allí estuviesen no osasen que él me prometía seguirme. Entonces llegó el capitán Licio, y dijo, que entraría tras mí; luego comienzo a esgremir mi espada a un cabo y a otro de la cueva, y a echar con ella muy fieras estocadas, y lánzome dentro diciendo a voces: victoria, victoria, viva el gran mar y los grandes moradores dél, y mueran los que habitan la tierra. Con estas voces, aunque mal formadas, el capitán Licio, que ya dije, me siguió y entró luego tras mí, el cual aquel día estrañamente se señaló y cobró conmigo mucho crédito en velle tan animoso y aventajado de los otros, y a mí pareciome que un testigo no suele dar fe, y no quitándome de la entrada comienzo a pedir socorro, mas por demás era mi llamar, que maldito el que se osaba aun a llegar. Y no es de tener a mucho porque en mi conciencia lo mismo hiciera yo, si pensara lo que ellos, para que es sino decir la verdad, mas entrábame como por mi casa sabiendo que un caracol dentro no estaba. Comencé a animallos diciéndoles: ¡oh poderosos, grandes atunes! ¿do está vuestro

esfuerzo y osadía el día de hoy que cosas os ofrecerá en que ganéis tanta honra? vergüenza, vergüenza. Mirad que vuestros enemigos os ternán en poco siendo sabidores de vuestra poca osadía. Con éstas y otras cosas que les dije, aquel gran Capitán más con vergüenza que gana, bien espaciosa mente entró dando muy grandes voces. Paz, paz, en lo cual bien conocí que no las traía todas consigo, pues en tiempo de tanta guerra pregonaba paz; desde que fue entrado mandó a los de fuera que entrasen, los cuales pienso yo que entraron con harto poco esfuerzo, mas como no vieron al pobre Lázaro, ni defensa alguna aunque hartos golpes de espada daba yo por aquellas peñas, quedaron confusos; y el General corrido de lo poco que, acorrió al socorro mío y de Licio.

#### CAPITULO IV

*Cómo después de haber Lázaro con todos los atunes entrado en la cueva, y no hallando a Lázaro sino a los vestidos, entraron tantos que se pensaron ahogar, y el remedio que Lázaro dio*

Mirada bien la cueva hallamos los vestidos del esforzado atún Lázaro de Tormes porque fueron del apartados cuando en pez fue vuelto, y cuando los vi, todavía temí, si por ventura estaba dentro dellos mi triste cuerpo y el alma sola convertida en atún. Mas quiso Dios no me hallé y conocí estar en cuerpo y alma vuelto en pescado. Huélgome porque todavía sintiera pena y me dolieran mis carnes viéndolas despedazadas y tragar de aquéllos que con tan buena voluntad lo hicieran, y yo mismo lo hiciera por no diferenciar de los de mi ser, y dar con esto causa a ser sentido. Pues estando así, el Capitán general y los otros, atónitos a cada parte mirando y recatándose, temiendo, aunque deseando encontrarse con el cine buscaban. Después de bien rodeada y buscada la pequeña cueva, el Capitán general me dijo, qué me parecía de aquello y de no hallar allí nuestro adversario. Señor, le respondí sin duda yo pienso este no ser hombre, sino algún demonio, que tomó su forma para nuestro daño: porque quien nunca vio ni oyó de un cuerpo humano sustentarse en el agua tanto tiempo, ni que hiciese lo que éste ha hecho, y al cabo teniéndole en un lugar encerrado como éste, y con estar aquí y tan cercado, habérsenos ido ante nuestros ojos; cuadrole esto que dije: y estando hablando en esto, sucedionos otro mayor peligro, y fue que como comenzasen a entrar en la cueva los atunes que fuera estaban, diéronse tanta priesa viéndose ya libres del contrario, y por haber parte del saco dél, y vengarse de las muertes que había hecho de sus deudos y amigos, que cuando miramos estaba la cueva tan llena que desde el suelo hasta arriba no metieran un alfiler que no fuese todo atunes, y así atocinados unos sobre otros nos ahogábamos todos, porque como tengo dicho el que entraba no se tenía por contento hasta llegar a do el General estaba pensando, se repartía la presa. Por manera que vista la necesidad y el gran peligro que estábamos, el General me dijo: esforzado compañero, ¿qué medio tenemos para salir de aquí con vida, pues ves como va creciendo el peligro y todos casi estamos ahogados? Señor, dije yo, el mejor remedio sería, si estos que cabe nos están pudiesen darnos lugar, y que yo pudiese tomar la entrada de esta cueva y defenderla con mi espada para que más no entrasen, y nosotros con ellos sin peligrar. Mas esto es imposible por haber tanta multitud de atunes que sobre nosotros están, y

habrás de ver como no por eso se ha de escusar que no entren más, y porque el que está fuera piensa que los que estamos acá dentro estamos repartiendo el despojo y quieren su parte: un solo remedio veo y es: si por escapar vuestra excelencia tiene por bien que algunos destos mueran, porque para ya hacer lugar no puede ser sin daño. Pues así es, dijo, guarda la cara al basto y triunfa de todos esos otros. Pues señor, le respondí, quedáis como poderoso, señor, sacadme a paz y a salvo de este hecho, y que en ningún tiempo me venga por ello mal. No sólo no te vendrá mal, dijo él, mas te prometo te vendrán por lo que hicieres grandes bienes, que en tales tiempos es gran bien del ejército que el caudillo se salve, y querría más una escama que los súbditos. ¡Oh capitanes, dije yo entre mí, que poco caso hacen de las vidas ajenas por salvar las suyas! ¡cuantos deben de hacer lo que este hace! Cuan diferente es lo que éstos hacen a los que oí decir que había hecho un Paulo Decio, noble capitán romano, que conspirando los latinos contra los romanos estando los ejércitos juntos para pelear, la noche antes que la batalla se diese, soñó el Decio que estaba constituido por los Dioses, que si él moría en la batalla que los suyos vencerían y serían salvos, y si él se salvaba que los suyos habían de morir. Y lo primero que procuró comenzando la batalla fue ponerse en parte tan peligrosa que no pudiese escapar con la vida, porque los suyos la hubiesen y así la hubieron. Mas no le seguía en esto el nuestro general atún. Después viendo yo la seguridad que me daba, digo la seguridad, y aun la necesidad que de havello había, y el aparejo para me vengar del mal tratamiento y estrecho en que aquellos malos y perversos atunes me habían puesto, comienzo a esgremir mi espada lo mejor que pude y a herir a diestro y a siniestro, diciendo: fuera, fuera, atunes mal comedidos que ahogáis a nuestro Capitán, y con esto a unos de revés a otros de tajo, a veces de estocada, en muy breve hice diabluras, no mirando ni teniendo respeto a nadie escepto al capitán Licio, que por velle de buen ánimo en la entrada de la cueva me aficionó a él, y te amé y guardé, y no me fue dello mal, como adelante se dirá; los que estaban dentro de la cueva como vieron la matanza comienzan a desembarazar la posada, y con cuanta furia entraron, a mayor salieron. Y como los de fuera, supiesen la nueva y viesan salir a algunos descalabrados, no procuraron entrar, y así nos dejaron solos con los muertos, y me puse a la boca de la cueva, y desde allí empiezo a echar muy fieras estocadas; y a mi parecer tan señor de la espada me vi teniéndolas con los dientes, como cuando la tenía con las manos. Después de descansado del trabajo y ahogamiento, el bueno de nuestro General, y los que con él estaban, comienzan a sorber de aquella agua que a la sazón en sangre estaba vuelta; y asimismo a despedazar y comer los pecadores atunes, que yo había muerto, lo cual viendo, comencé a tenelles compañía haciéndome nuevo de aquel manjar que ya le había comido algunas veces en Toledo, mas no tan fresco, como allí se comía, y así me harté de muy sabroso pescado no impidiéndome las grandes amenazas que los de fuera me hacían por el daño que había hecho en ellos; y ya que al General pareció, nos salimos fuera con avisalle de la mala intención que los de fuera contra mí tenían, por tanto que su excelencia proveyese en mi seguridad. Él como salió contento y bien harto, que dicen, que es la mejor hora para negociar con los señores, mandó pregonar que los que en dicho ni en hecho fuesen contra el atún extranjero que muriesen por ello, y ellos y sus sucesores fuesen habidos y tenidos por traidores y sus bienes confiscados a la Real Cámara, por cuanto si el sobredicho atún hizo daño en ellos fue por ser ellos rebeldes y haber pasado el mandamiento de su Capitán, y puéstole por su mal mirar a punto de muerte, y con esto todos hubieron por bien que los muertos fuesen muertos y los vivos tuviésemos paz:

hecho esto, el Capitán hizo llamar todos los otros capitanes, maestros de campo, y todos los demás oficiales señalados que tenían cargo del ejército, mandó que los que no habían entrado en la cueva entrasen y repartiesen entre sí el despojo que hallasen, lo cual brevemente fue hecho, y tantos eran que a un bocado de atún no les cupo. Después de salidos porque pareciese a todos, hacían participantes, pregonaron saco a todo el ejército, del cual fue hecho cumplimiento a todos los atunes comunes, porque maldita la cosa en la cueva había sino fuese alguna gota de sangría, y los vestidos de Lázaro. Aquí pasé yo por la memoria la crueldad de estos animales, y cuán diferente es la benigna condición de los hombres a la dellos; porque puesto caso que en la tierra alguno se allegase a comer algo de lo de su prójimo, el cual pongo en duda haber, mayormente el día de hoy, por estar la conciencia más alta que nunca, a lo menos no lo hay tan desalmado que a su mismo prójimo coma. Por tanto los que se quejan en la tierra de algunos desafueros y fuerzas que les son hechos, vengan, vengan a la mar y verán como es pan y miel lo de allá.

## CAPITULO V

*De los que cuenta Lázaro el ruin pago que le dio el General de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitán Licio*

«Pues tornando a lo que hace al caso, otro día el General mismo me apartó en su aposento y dijo: esforzado y valeroso atún estraño, ya he acordado te sean galardonados tus buenos servicios y consejos, porque si los que como tú sirven no son galardonados, no se hallaría en los ejércitos quien a los peligros se aventurase, porque me parece en pago dello ganes nuestra gracia, y te sean perdonadas las valerosas muertes que en la cueva en nuestras compañías hecistes: y en memoria del servicio que en librarme de la muerte me has hecho, poseas y tengas por tuya propia esa espada del que tanto daño nos hizo, pues tan bien della te sabes aprovechar; con apercebimiento que, si con ella hicieres contra nuestros súbditos y naturales de nuestro señor el Rey alguna violencia mueras por ello, y con esto me parece no vas mal pagado, y de hoy más puedes te volver do eres natural y mostrándome no muy buen seblante se metió entre los suyos y me dejó: quedé tan atónito cuando oí lo que dijo, que casi perdí el sentido porque pensaba por lo menos me había de hacer un gran hombre, digo atún, por lo que había hecho, dándome cargo perpetuo en un gran señorío en el mar, según me había ofrecido. O Alejandro, dije entre mí, repartíades y gastábades vos las ganancias ganadas, con vuestro ejército y caballeros; o lo que había oído de Cayo Fabricio, capitán Romano, de que manera galardonaba y guardaba la corona para coronar a los primeros que se aventuraban a entrar los palenques, ¡y tu Gonzalo Hernández, gran Capitán español, otras mercedes heciste a los que semejantes cosas en servicio de tu Rey, y en aumento de tu honra es señalaron! ¡Todos los que sirvieron y siguieron! ¡a cuántos del polvo de la tierra levantastes y valerosos y ricos hiciste! Como este mal mirado atún conmigo lo hizo haciéndome merced de la que en Zocodover me había costado mis tres reales y medio. Pues oyendo esto consuélense los que en la tierra se quejan de señores, pues hasta en el hondo mar se usan las cortas mercedes de los señores. Estando yo así pensativo y triste, conociéndome el capitán Licio, llegose a mí y díjome: los que confían en algunos señores y capitanes, así como a ti acaece, que estando en necesidad hacen promesas y salidos dellas no se acuerdan de lo

prometido. Yo soy buen testigo de todo tu buen esfuerzo y de todo lo que valerosamente has hecho, como quien a tu lado se halló, y veo el mal pago que de tus proezas llevas, y el gran peligro en que estás, porque quiero que sepas que muchos destos que ante ti tienes, están entre sí concertando tu muerte; por tanto no te partas de mi compañía que de aquí te doy fe, como hijo-dalgo, de te favorecer con todas mis fuerzas, y con las de mis amigos en cuanto pueda, pues sería muy grande pérdida perderse un tan valeroso y señalado pece como tú: yo le respondí grandes gracias por la voluntad que me mostraba y acepté la merced y buena obra que me hacía, y ofreciéndome a serville en tanto que viviese, y con esto él fue muy contento y llamó hasta quinientos atunes de su compañía, y mandoles que dende en adelante tuviesen cargo de me acompañar y mirar por mí como por él mismo; y así fue que estos jamás de día ni de noche de mí se apartaban, y con gran voluntad, que éstos no era mucho que me desamasen; y no pienso que de los otros había en el ejército quien no me tuviese gran voluntad, porque les pareció aquel día del combate que me señalé o di a conocer gran valentía y esfuerzo en mí. Desta manera trabamos el capitán Licio y yo amistad, la cual nos mostramos como adelante diré. Deste supe yo muchas cosas y costumbres de los habitantes del mar, los nombres de los cuales y muchas provincias, reinos y señoríos dél, y de los señores que los poseían. Por manera que en pocos días me hice tan práctico que a los nacidos en él hacía ventaja, y daba más cuenta y relación de las cosas, que ellos mismos. Pues en este tiempo nuestro campo se deshizo, y el General mandó que cada capitania y compañía se fuese a su alojamiento y dende a dos lunas fuesen todos los capitanes juntos en la corte, porque el Rey lo había enviado así a mandar. Apartámonos mi amigo y yo con los de su compañía, que serían a mi ver hasta diez mil atunes, entre los cuales había poco más que diez hembras, y estas eran atunas del mundo, que entre la gente de guerra suelen andar a ganar la vida. Aquí vi el arte y ardid que para buscar de comer tienen estos pescados, y es que se derraman a una parte y a otra, y se hacen en cerco grande de más de una legua en torno, y desde los unos de una parte se han juntado con los de la otra vuelven los rostros unos para otros, y se tornan a juntar, y todo el pescado que en medio toman muere a sus dientes. Y así cazan una o dos veces al día, según como acaecen a salir; desta suerte nos hartábamos de muchos y sabrosos pescados, como era pajeles, bonitos, agujas y otros infinitos géneros de peces. Y haciendo verdadero el proverbio que dice: que el pece grande se come al más pequeño, porque si acontecía en la redada cojer algunos mayores que nosotros, luego les dábamos carta de guía, y dejábamos salir sin ponernos con ellos en barajas, escepto que si querían ser con nosotros y ayudarnos a matar y comer conforme al dicho, quien no trabaja que no coma. Tomamos una vez entre otros pescados ciertos pulpos, al mayor de los cuales yo reservé la vida y tomé por esclavo, e hice mi paje de espada, y así no traía la boca embarazada ni pena con ella, porque mi paje revuelto por los anillos una de sus muchas colas la traía a su placer, y aun parecíame a mí que se ufanaba y pompeaba con ella. Desta suerte caminamos ocho soles, que llaman en el mar a los días, al cabo de los cuales llegamos a do mi amigo y los de su compañía tenían sus hijos y hembras, de las cuales fuimos recibidos con mucho placer, y cada cual con su familia se fue a su albergue, dejándome a mí y al capitán en el suyo. Entrados que fuimos en la posada del señor Licio, dijo a su hembra: Señora, lo que deste viaje traigo es haber ganado por amigo este gentil atún que aquí veis, la cual ganancia tengo en mucho; por tanto os ruego sea de vos festejado, y hecho aquel tratamiento que a mi hermano hacer solíades, porque en ello me haréis singular placer. Ésta era muy hermosa atuna, y de mucha autoridad, respondió: por

cierto, señor, eso se hará como mandáis, y si falta hubiere no será de voluntad; yo me humillé ante ella suplicándola que las manos para se las besar, sino que plugo a Dios se lo dije algo paso, y no se echó de ver y no oyeron mi necesidad. Dije entre mí, maldito sea mi descuido, que pido para besar las manos a quien no tiene sino cola, la atuna me dio una hoxicada amorosa rogándome me levantase, y así fui della recibido muy bien, y ofreciéndome a su servicio, fui della muy bien respondido como de una muy honrada dueña; y desta manera estuvimos allí algunos días, y muy a nuestro placer, y yo muy bien tratado destos señores, y servido de los de su casa. En este medio yo mostré al capitán esgremir no lo habiendo en mi vida aprendido, y hízose de la espada muy diestro, lo cual él preciaba mucho, y asimismo a un hermano suyo que había nombre Melo, también muy ahidalgado atún. Pues estando yo una noche en mi reposo pensando la muy buena amistad que en este pece mi amigo tenía, deseando se le ofreciese algo en que le pudiese pagar parte de lo mucho que le debía, vínome al pensamiento un gran servicio que le podía hacer, y luego a la mañana lo comuniqué con él, lo cual él tuvo en lo que fue justo, pues le valió tanto como adelante diré, y fue el caso, que viéndole yo tan aficionado a las armas, le dije que él debía enviar a aquella parte donde fue nuestro desastre, y que allí se hallarían muchas espadas, lanzas, puñales, y otras maneras de armas, y que trujesen todas las que pudiesen traer, que yo quería tomar cargo de mostrar aquella nuestra compañía, y hacellos diestros, y si aquello había efecto su compañía sería la más pujante y valerosa de todas, y de quien el Rey y todo el mar más caso haría, porque ella sola valdría más que todas las otras juntas, y que desto le redundaría mucha honra y ganancia. Pareciole consejo de buen amigo y mucho que lo agradeció, y luego ejecutando el aviso envió a su hermano Melo con hasta seis mil atunes, los cuales con toda brevedad y buena diligencia vinieron trayendo infinitas espadas y otras armas muchas, de las cuales gran parte venían tomadas del orín y debían ser de cuando el poco venturoso D. Hugo de Moncada pasó otra tormenta en este paso; las armas venidas fueron repartidas entre los atunes que más hábiles nos parecieron, y el capitán por un cabo, y su hermano por otro, y yo era como sobremaestro a quien venían con las dudas; no entendíamos en otra cosa sino en mostrárselas a tener y esgremir con ellas, y a que supiesen echar su revés y tajo, y fina estacada; a los demás que nos pareció dióse cargo para cazar y buscar de comer. A las hembras hecimos entender en limpiar las armas con una gentil invención que yo di, y fue que las sacasen, metiesen en los lugares que tuviesen arena hasta que se parasen lucias. De manera que puestos todos a punto, quien viera aquel pedazo de mar le pareciera una gran batalla en el agua: acabo de algunos días muy pocos de los atunes armados había que no se tuviese por otro Aguirre el diestro. Entramos en consejo y fue acordado hiciésemos con los pulpos perpetua liga y amistad de que se viniesen a vivir con nosotros, porque nos sirviesen con sus largas faldas de Talavartes, y así se hizo, y holgaron dello, porque los tuviésemos por amigos, y los mantuviésemos. Los cuales, como dije, sin pena nos podían servir, y en este tiempo se cumplió el plazo de los dos meses, en cabo de los cuales el capitán General mandó que fuesen todos juntos los capitanes en la corte. Y Licio se empezó a poner a punto para la ida, y entre él y mí se platicó si sería bien irme yo con él a la corte, y besar las manos al Rey y que tuviese noticia de mí, hallamos no ser buena la voluntad que mostró el General, y que sería inconveniente por haber espresamente mandado me fuese a mi tierra, por lo cual después de platicado bien el negocio, estando presentes a la plática Melo, hermano del capitán Licio, de muy buen ingenio, y la hermosa y no menos sabia atuna su hembra, fue el parecer de todos por el

presente que yo me quedase allí en su compañía, porque él acordó de ir a la lijera, y llevar pocos de los suyos, y que después que él llegase allá informaría al Rey de mí, y del gran valor mío, y que como el Rey le respondiese, así haría lo que fuese bien. Con este acuerdo el buen Licio se partió con hasta mil atunes, y quedamos su hermano Melo y yo con los demás en el aposento. Y al tiempo que de mí se despidió, apartándose me dijo: verdadero amigo, hágoos saber que voy muy triste por un sueño que esta noche soñé, quiera Dios no sea verdad, mas si por mi desventura saliera verdad, ruégoos os hayáis como bueno, y os acordéis de lo que en voluntad me sois en cargo, y no queráis de mí mas saber, porque ni a vos ni a mí conviene, yo le rogué mucho se aclarase cómo, y no quiso, antes como estaba ya despedido de su dueña y de su hermano, y de los demás, dándome con el hocico se fue no alegre, dejándome a mí muy triste y confuso. Pensé mucho, y varios pensamientos sobre aquel caso, y en uno dellos hice algún asiento, diciendo: por ventura este a quien tanto debo debe pensar que la hermosura de su atuna, que las más veces con la mucha honestidad no se abraza, me cegará para que no vea lo que el mar vería tan gran maldad. Mas esta buena ley el día de hoy está corrupta y en el mar debe de ser lo mismo y no es mucho. Pasé yo por la memoria muchas cosas en este caso, y pareciome prevenir el remedio, para que él se asegurase y mi lealtad no padeciese, y fue, llegados ante la capitana atuna yo y su cuñado, después de haberla algún tanto consolado del pesar que la partida de su marido le causaba, mayormente en ver la tristeza que Licio llevaba, aunque también a mí y a ella se lo encubrió al tiempo que della se despidió. Yo le dije a Melo que yo deseaba ser su huésped si él por bien lo tenía, porque para estar en compañía de hembras era mal regocijado, y antes causaría a su merced tristeza, que sería en quitársela. Ella me fue mucho a la mano, diciendo: que si algún consuelo pensaba tener era por estar yo en su poder y posada, sabiendo el grande amor que su marido me tenía, y que si al tiempo que della se partió no le dio mayor cargo que el cuidado que de mí había de tener, aunque yo no pensé lo que era, antes distaban nuestros pensamientos: al fin como a mí se me habían asentado los negros celos aun como atún, que por ventura había pasado por ellos con la mi Elvira, y mi amo el arcipreste, nunca se pudo conmigo acabar que quedase, antes me fui con el cuñado, y cuando a visitalla venía, siempre le traía conmigo.

## CAPITULO VI

*En que cuenta Lázaro lo que al capitán Licio su amigo le aconteció en la corte con el gran Capitán*

Pues estando así, como he contado, a ratos cazando, a ratos ejercitando las armas con aquellos que diestros se habían hecho, dende a ocho días que mi amigo se había partido nos llegó una nueva, la cual manifestó la tristeza que llevaba al partir con hacernos a todos los más tristes peces de todo el mar. Y fue el caso que cuando el capitán General se hubo conmigo tan ásperamente, como he contado, él quisiera que me fuera luego del ejército, y que los apasionados a quien yo había echo ofensa me ofendieran, y dieran muerte, y aun como después se supo él había mandado a ciertos atunes, que viéndome desmandado me matasen, y averiguado no por más de por parecerle como era verdad ser yo tal testigo de su cobardía, porque otra causa yo no hallaba sino por do merecía ser

gratificado, mas Dios dio lugar a esta maldad poniendo como puso a Licio en corazón el favor que me hizo, lo cual sabido por el General tomó, asimismo con el gran odio y mala voluntad, afirmando y jurando que lo que Licio hizo por mí fue por darme a él pesar, y sabiendo también que él tenía mi testigo por estar junto a mí, cuando el General entró en la cueva diciendo: paz, paz. Juntose todo, y lo que en mí había hecho el buen Capitán, y mejor que él procuró con todas sus malas mañas hacer, y como fue en la corte luego fue con grandes quejas al Rey, infamándole de traidor y alevé, diciendo que una noche teniendo el dicho capitán Licio encargo la guarda y la más cercana centinela por muchos dineros que le había dado por libralle de ser preso. Y esto decían él y otros muchos más. Y así le ayude Dios como dijo la verdad, que Lázaro de Tormes no te podía dar sino muchas cabezas dellos que tenía a sus pies; y despuso dél diciendo, que había traído de partes estrañas un atún malo y cruel, el cual atún había muerto gran número de los de su ejército con una espada que en la boca traía, de la cual jugaba tan diestramente que no era posible sino ser algún diablo que para destrucción de los atunes tomó su forma, y que él viendo el daño que el mal atún había hecho, lo desterró, y so pena de muerte le mandó se apartase del campo, y que el dicho Licio en menosprecio del Real mandado y de la Real Corona, y a su despecho lo habían acogido en su compañía, y dado favor y ayuda por do había incurrido en crimen *lese majestatis*, y por derecho y ley debía ser hecha del justicia porque fuese castigo de su yerro, y en él otros tomasen ejemplo, porque dende en adelante nadie fuese contra los mandamientos reales. El señor Rey, así mal informado y peor aconsejado, dando crédito a las palabras de su mal capitán, con dos o tres malos y falsos testigos que juraron lo que él les mandó, y con una probanza hecha en ausencia y sin parte, el mismo día que llegó a la corte, el buen Licio muy inocente desto, mandó fuese luego preso y metido en una cruel mazmorra y echada a su garganta una muy fuerte cadena. Y mandó al General hiciese con toda solicitud poner en él guarda, y llevar a pura y debida ejecución su castigo, el cual luego proveyó más de treinta mil atunes, que le hiciesen la guarda.

## CAPITULO VII

*Cómo sabido por Lázaro la prisión de su amigo Licio le lloró mucho él y los demás, y lo que sobre ello se hizo*

Estas tristes y dolorosas nuevas nos trujeron algunos de los que con él ido habían dándonos esta relación a todos, y como le habían hecho cargo de lo que he dicho y la manera que en el oílle, y estar con él a derecho se tenía, porque todos los jueces que en ello entendían tenía sobornados el General, y que según pensaban, la cosa tan de rota iba, no podría escapar de breve y muy rabiosa muerte. A esta hora me acordé y dije entre mí aquel dicho, del conde Carlos, antiguo, que dice: *Cuando acabarás ventura, -cuando tienes de acabar: -en la tierra mil desastres,- y en las mares mucho más.* -Comenzose entre nosotros un llanto y alaridos y en mi doblado, porque lloraba el amigo y lloraba a mí, que faltando él no esperaba vivir quedando en medio del mar y de mis enemigos, del todo solo y desamparado, pareciome que aquella compañía se quejaba de mí, y con justa causa y razón, pues yo era causante que lo perdiesen al que bien querían; no sin causa decía su atuna: vos, mi señor, tan triste de mí os partistes sin quererme dar parte de

vuestra tristeza, bien pronosticábades vos mi grande pérdida; sin duda decía yo, éste es el sueño que vos mi buen amigo soñastes, ésta es la tristeza con que vos de mí os partistes dejándome con ella. Y así cada uno decía y lamentaba, dije delante de todos: señora y señores y amigos, lo que con las triste nueva hemos hecho ha sido muy justo, pues cada uno de nosotros muestra lo que siente, mas ya que este primer movimiento que en mano de nadie es pasado, justo será, mis señores, que pues con lloro nuestra pérdida no se cobra, que demos orden brevemente en pensar el mejor remedio que nos convenga. Y esto pensado, y visto ponello luego en ejecución, pues según dicen estos señores la demasiada prisa que nos dan los que nos desaman lo requiere: la hermosa y casta atuna, que derramando muchas lágrimas de sus graciosos ojos estaba, me respondió: todos vemos, esforzado señor, ser gran verdad lo que decís, y asimismo la demasiada necesidad que de nuevo tenemos, por lo cual si estos señores y amigos de mi parecer son, debemos todos de remitirnos a vos como a quien Dios ha puesto claro y señalado seso, y pues Licio mi señor siendo tan cuerdo y sabio sus arduos y pesados negocios de vos confiaba, y vuestro parecer seguía, no pienso errar aunque soy una flaca hembra en suplicaros lo toméis a cargo de proveer y ordenar lo que convenga a la salvación del que de un tan verdadero amor os ama, y al consuelo desta triste que siempre os quedará en gran deuda. Y esto dicho tornó a su gran llanto, y todos hecimos lo mesmo Melo y otros atunes con la señora capitana estaban, y con ella se hallaron a su parecer conformes, los cuales me dieron cargo desta empresa, ofreciéndose a seguirme y hacer todo lo que yo les mandase. Pues viendo que yo era obligado a hacerlo de ponerme en todo cuidado y trabajo, por el que por mí en tanto estrecho estaba, comedidamente lo acepté, diciéndoles conocer yo que cada cual de sus mercedes lo hiciera mejor, mas pues eran servidos que yo lo hiciese, a mí me placía. Diéronme las gracias, y luego allí acordamos se hiciese saber a todo el ejército, lo cual luego fue hecho, y dentro de tres días fueron todos juntos. Yo escojí para mi consejo doce dellos los más ricos, y no tuve respeto a más sabios si eran pobres, porque así lo había visto hacer cuando era hombre en los ayuntamientos do se trataban negocios de calidad, y así vi hartas veces, dar con la carga en el suelo, porque como digo, no miran sino que anden vestidos de seda, no de saber. Y estos apartados fue el uno dellos Melo, y la señora capitana que era muy sesuda hembra, cosa por cierto muy rara en tierra y en mar. Y hecho esto mandamos a toda la compañía se fuese a comer y viniesen luego a punto de guerra, los armados con sus armas, los otros con sus cuerpos, venidos que fueron hice contallos, y hallamos por número diez mil y ciento y nueve atunes, todos estos de pelea, sin hembras, pequeños y viejos, los cinco mil dellos armados cual de espada o puñal, lanza y cuchillo, todos estos hicieron juramento en mi cola que sobre su cabeza pusieron a usanza de allá (y aun reime en cuanto hombre entre mí de la donosa ceremonia) que harían lo que yo les mandase y pornían sus armas y los que no las tuviesen sus dientes en quien yo les dijese, procurando con todas sus fuerzas librar a su Capitán, guardando la debida lealtad a su Rey. Acordamos en el consejo de guerra que la señora capitana fuese con nosotros muy bien acompañada de otras cien atunas, entre las cuales llevó una hermana suya, doncella muy hermosa y apuesta. Y hecimos tres escuadrones, el uno de todos los atunes desarmados, y los dos de los que llevaban armas. En la vanguardia iba yo con dos mil y quinientos armados, y en la retaguardia iba Melo con otros tantos, los desarmados y carruaje iban en medio, y llevando asimismo con nosotros nuestros pajes ya dichos, que las espadas nos llevaban.

## CAPITULO VIII

### *De cómo Lázaro y sus atunes puestos en orden van a la Corte con voluntad de libertar a Licio*

Desta suerte que arriba he dicho, nos metimos en camino y con mucha priesa dando cargo a los que nos pareció de la pesca para bastecer la compañía porque no se desmandasen, y tomé aviso de los que nos habían traído la nueva, del asiento de la corte, y el lugar donde nuestro capitán estaba preso: y acabo de tres días llegamos a diez millas de la corte, y porque por ir de nueva y estraña manera, si se supiese de nuestra ida, pondríamos escándalo, acordose que no pasásemos adelante hasta que la noche viniese. Y mandamos a ciertos atunes de aquéllos que la triste nueva nos habían traído, se fuesen a la ciudad, y lo más disimulado que pudiesen, supiesen en qué estaba la cosa y volviesen a nosotros con el aviso, y dellos algunos vinieron dándonos la peor que quisiéramos. La noche venida fue acordado que la señora capitana con sus hembras y Melo con ellas con hasta quinientos atunes, sin armas, de los más honrados y viejos, fuesen derecho camino al Rey. Y como bien sabían, suplicasen al Rey hubiese por bien de examinar la justicia de su marido y hermano, y que yo con todos los demás me metiese en una montaña muy espesa de arboledas y grandes rocas, que a dos millas de la ciudad estaba, do el Rey algunas veces iba a monte, y allí estuviésemos hasta ver lo que negociaban, los cuales nos avisasen. Luego llegamos al bosque y hallámosle bien proveído de pescados monteses, en el cual nos cebamos, o por mejor decir hartamos a mucho placer; yo apercebí toda la compañía que estoviese lanza en cuja. La hermosa y buena atuna llegó allá al alba, y luego se fue para palacio con toda su compañía, y esperó gran rato a la puerta hasta que el Rey fue levantado, al cual dijeron la venida de aquella dueña, y lo mucho que a los porteros importunaba la dejasen entrar y hablar a su Alteza. El Rey, que bien sintió a lo que venía, le envió a decir se fuese en hora buena, que no podía oírle. Visto que de palabra no quería oír, fue por escrito, y allí se hizo una petición bien ordenada de dos letrados que por Licio abogaban, en la cual se le suplicó quisiese admitir así aquel juicio, pues Licio había apelado para ante su Alteza, porque el nuestro buen capitán estaba condenado a muerte por esos señores alcaldes del crimen, y habíase dado la sentencia el día de antes, la cual nosotros supimos de los que dije, diciendo: que su Alteza supiese que su marido había sido acusado con falsedad, y muy injustamente sentenciado, y que su Alteza hiciese tornar a examinar su justicia, y que hasta entanto sobreseyese la justicia y ejecución de la sentencia; éstas y otras cosas muy bien dichas fueron en la buena petición, la cual fue dada a uno de los porteros. Y al tiempo que se la dio la buena capitana, se quitó una cadena de oro que traía con su joyel, y se la dio al portero, y le dijo que se doliese della y de su fatiga y no mirase al galardón tampoco, con muchas lágrimas y tristeza; el portero tomó del la petición de buena gana y de mejor la cadena, prometiendo hacer su posibilidad, y no fue en vano la promesa, porque leída ante el Rey la petición, muchas y buenas cosas se atrevió a decir con su boca llena de oro a su Alteza: juntamente con narralle los llantos y angustias que la señora capitana hacía por su marido a la puerta de palacio, que al mal aconsejado Rey hizo mover a alguna piedad, y dijo: ve con esa dueña a los Alcaldes del crimen, y diles que sobresean la ejecución de la sentencia,

porque quiero ser informado de ciertas cosas convenientes al negocio del capitán Licio; y con esta embajada vino muy alegre el portero a la triste pidiéndole albricias de su buen negociar, las cuales de buena gana ella se las ofreció; y luego sin detenerse fueron al aposento de los alcaldes, y quiso su desdicha que yendo por la calle, toparon con D. Paver, que así se llamaba el inventor destos nuestros afanes, el cual muy acompañado iba a palacio; mas como vio la dueña y su capitana, y supo quien era, y conoció el portero, como astuto y sagaz, sospechó lo que podía ser, y con gran disimulación llamó al portero, e interrogándole a do iba con aquella compañía, el cual simplemente se lo dijo: y él demostró que le placía dello, siendo al revés, diciendo que se holgaba de lo que el Rey hacía; porque al fin Licio era valeroso y no era justo así hacer justicia de él sin bien examinar el negocio; en mi posada quedan los alcaldes que a pedir mi parecer en este negocio venían, y yo iba a hablar al Rey sobre ello, y ellos me quedan allí esperando; mas pues traéis despacho, volvamos y decirles heis lo que el Rey nuestro señor manda; y yendo llamó a un paje suyo, y muy riendo le dijo que fuese a los alcaldes, y les dijese que luego a la hora hiciesen de Licio la justicia que se había de hacer, porque así convenía al servicio del Rey. Y que en la cárcel o a la puerta della lo justiciasen sin traello por las calles, entretanto que yo detengo este portero: el criado lo hizo así, y llegando a la posada, el traidor metió consigo al portero, y dijo a Melo y a su cuñada que esperasen mientras entraba a hablar a los alcaldes, y que de allí todos irían a la prisión de Licio a dalle el parabién de su buena esperanza, y que él quería con ellos ir, mas a esta hora la desventurada fue avisada de la gran traición, y mayor crueldad del gran Capitán. Pues aunque peor voluntad tuviera al buen Licio mirara a la angustia y lágrimas de la buena capitana su mujer, y fuera mejor aplacallo por este respeto. Y cuando el malaventurado y traidor llamó al paje para que fuese a negociar la muerte del buen Licio, quiso Dios que uno de sus criados lo oyó, y díjolo a la buena capitana, del cual el mal capitán no se guardó, la cual cuando se lo dijo cayó sin sentido casi muerta sobre el cuello de su cuñado que junto a ella estaba. Melo, como lo oyó, tomó treinta atunes de los que consigo estaban para que con la mayor presteza que pudiesen me diesen aviso del peligro en que el negocio estaba, los cuales como fieles y diligentes amigos se dieron tanta prisa que en breve fuimos sabedores de las tristes nuevas que nos llegaron, dando muy grandes voces: armas, armas, valientes atunes, que nuestro capitán padece muerte por traición y astucia del traidor D. Paver, contra voluntad y mandado del Rey nuestro Señor, y en breves palabras nos cuentan todo lo que yo he contado. Hice luego tocar las bocinas, y mis atunes fueron juntos con sus bocas armadas, a los cuales yo hice una brevísima habla, dándoles cuenta de lo contado, por tanto que como buenos y esforzados mostrasen sus ánimos a los enemigos socorriendo a su señor en tan estrema necesidad, y ellos respondieron todos que estaban prestos a seguirme y hacer en el caso su deber; acabada su respuesta, luego comenzamos a caminar para allá: quien viera a esta hora a Lázaro atún delante de los suyos haciendo el oficio de esforzado capitán, animándolos y esforzándolos sin haberlo jamás usado; escepto pregonando los vinos que hacía casi lo mismo, incitando los bebedores, diciendo: aquí, aquí señores, que aquí se vende lo bueno, y no hay tal maestro como la necesidad. Pues desta suerte, a mi parecer, en menos de un cuarto de hora entramos en la ciudad y andando por las calles con tal ímpetu y furor que me parece a aquella sazón lo quisiera haber con un Rey de Francia, y puse a mi lado los que mejor sabían la ciudad para que nos guiasen, do el sin culpa estaba por el más breve camino.

## CAPITULO IX

*Que contiene cómo Lázaro libró de la muerte a Licio su amigo, y de lo que más por él hizo*

Yendo nosotros con el furor y velocidad que tengo dicho, dimos con nosotros en una gran plaza que ante la torre de la prisión estaba; mas nunca a mi pesar socorro entró ni llegó a tan buen tiempo, ni aquel buen Cipión Africano, socorrió a su patria, que casi del todo estaba ocupada del gran Anibal, como nosotros corrimos el buen Licio. Finalmente que el mensajero que el traidor envió supo también negociar, y los señores jueces que así mismo holgaron de contentar aquél, aunque malo, gran señor, y privado del Rey, porque otro día le dijese que tenía muy buena justicia, y que los que la ejecutaban eran muy suficientes; y así les ayude Dios que cuando llegamos tenían al nuestro Licio sobre un repostero, y a la hermosa su mujer con él dándole la postrer hocihada que por grandes ruegos la dejaron llegar, muy sin esperanza ella y Melo de nuestro velocísimo socorro. Estaban en torno de la plaza y por las bocas de las calles que a ella venían más de cincuenta mil atunes de la compañía del mal gran Capitán, a los cuales había dado la guarda del buen Licio. El ejecutivo verdugo estaba dando gran prisa a la señora capitana se apartase de allí y le dejase hacer su oficio, el cual tenía en su boca una muy gruesa y aguda espina de ballena del largo de un brazo para metelle por las agallas a nuestro muy gran Capitán, que si mueren los que son hijosdalgo. Y la triste hembra muy a su pesar dando lugar a aquel verdugo con grandes lloros y gemidos que ella y su compañía daban. ya el buen Licio se tendía para esperar la muerte, y cerrando para siempre sus ojos por no verla, ya que al verdugo como es costumbre le había pedido perdón, y llegándose a él, le andaba tentando el lugar o la parte por donde había de herir para más presto dejalle sin vida. Cuando Lázaro atún había hendido con su compañía por medio de los malos guardadores, derribando y matando cuantos delante dél se ponían con su toledana espada, y llegó a buen tiempo; al cual se debe creer que lo trujo Dios que quiere socorrer a los buenos en tiempo de más necesidad; pues llegando al lugar que digo, y visto el duro peligro en que el amigo estaba, di una gran voz, como las que solía dar en Zocodover: antes que llegase el verdugo a hacer su deber, yo le dije, vil Gurrea, ten, ten tu mano, sino morirás por ello. Fue mi voz tan espantosa y puso tanto temor, que no solo al Cegoñino, mas a los demás que allí estaban, dio espanto, y no es de maravillar por que, de verdad, a la boca del infierno que tal voz sonara, espantara a los espantosos demonios, que fuera parte que me rindieran las atormentadas ánimas. El verdugo atónito de me oír y espantado de ver el velocísimo ejército que en mi seguimiento venía, esgrimiendo mi espada a una y otra parte por ponelle más miedo, y dalle materia en que ocupase la vista, me esperó; mas como yo llegué pareciome asegurar el campo, y di al pecador que matarle quería una estocada por el testuz, por do cayó luego muerto al lado del que nada desto veía, aunque animoso y esforzado pece; la tristeza y pesar de verse tan injusta malamente morir le tenía a esta sazón fuera de su acuerdo, y cuando así le vi estar pensé si por desdicha mía había acaecido antes que yo llegase, que el miedo le hubiese muerto, y con esto apresuradamente llegué a él llamándole por su nombre, y a las voces que le di levantó un poco la cabeza y abrió los ojos, y como me vio y conoció, como si de la muerte

resucitara, se levantó, y sin mirar nada de lo que pasaba se vino a mí, y yo lo recibí con el mayor gozo y alegría que jamás ni después hube, diciéndole: mi buen señor, quien en tal estrecho os puso, no os debe amar como yo. Ay, mi buen amigo, me respondió, cuán bien me habéis pagado lo poco que me debíades, plega a Dios me de lugar para os pagar lo mucho que hoy vuestro deudor me habéis hecho. No es tiempo, mi señor, le respondí, destas ofertas, do tanta voluntad de todas partes sobra, mas entendamos en lo que conviene, pues ya veis lo que pasa; metí mi espada entro el cuello y cortele un cabo de guindaleta con que estaba atado. Como fue suelto, tomó una espada a uno de nuestra compañía, y fuimos a su hembra, y Melo y los otros que con él estaban, que a esta hora atónitos y fuera de sí estaban de ver lo que vían; mas tornados en sí comienzan a darme gracias de la buena ventura. Señores, yo les dije, habeislo hecho vosotros como buenos; yo de aquí adelante y mientras tuviere vida, haré lo que pueda en vuestro servicio y de Licio mi señor, y porque no hay tiempo de hablar mi hecho, mas de hacer algo, entendamos en ello, y sea que vosotros, señores, no os apartéis de nosotros, porque venís desarmados y no recibáis daño; y vos, señor Melo, tomad una arma, y cien atunes de vuestra escuadra con sus armas, y no entendáis en otra cosa mas que en seguirnos, y mirad por vuestra hermana y esas otras hembras, porque nosotros llevamos acá los negocios y la victoria, y hayamos venganza de quien tanta tristeza y trabajo nos ha dado. Melo hizo como yo le rogué, aunque conocí dél, quisiera emplearse a más peligro, yo y el buen Licio nos tuvimos, y nos metimos entre los nuestros que andaban tan bravos y ejecutivos que pienso tenían muertos más de treinta mil atunes, y como nos vieron entre sí y conocieron su capitán, nadie puede contar el alegría que sintieron; allí el buen Licio, haciendo maravillas con su espada y persona, mostraba a los enemigos la mala voluntad que en ellos había conocido, matando y derribando a diestro y siniestro cuantos ante sí hallaba; mas a esta hora ellos iban tan mal trechos y desbaratados, que ninguno dellos entendía sino en huir y esconderse, y meterse por aquellas casas sin hacer defensa alguna más de la que las flacas ovejas suelen hacer a los bravos y carniceros lobos.

## CAPITULO X

*Cómo recojiendo Lázaro todos los atunes. Entraron en casa del traidor de D. Paver y allí le mataron*

Visto esto mandamos tocar las bocinas, porque los nuestros, que derramados andaban, se juntasen, al son de las cuales todos fueron juntos, y en ellos se renovó la demasiada alegría de ver a su buen capitán vivo y sano, y la victoria que de nuestros adversarios habíamos habido, porque pareció milagro, y por tal se debe tener que casi todos los que murieron eran criados y paniguados del malo D. Paver, a los cuales había dado la guarda del buen Licio por la gran confianza que dellos tenía. Y todos ellos deseaban haber hecho en él lo que nosotros hecimos en ellos; cosa muy acaecederá que cuando el señor es malo, los criados procuran serlo con él, y al revés, cuando el señor es piadoso, manso y bueno, los criados le procuran imitar, ser buenos y virtuosos, y amigos de justicia y paz, sin las cuales dos cosas no se puede el mundo sustentar. Pues tornando a nuestro negocio, visto que no teníamos con quien pelear, el buen Licio y todos a grandes voces me dijeron y qué me parecía se debía hacer, que todos estaban aparejados a seguir mi consejo y parecer,

pues había de ser el más acertado. Pues mi voto queréis, valerosos señores y esforzados amigos y compañeros, les respondí; a mí me parece, pues Dios nos ha guardado en lo principal, así hará en lo accesorio, que tengo creído que esta victoria y buena andanza nos lo ha dado para que seamos ministros de justicia, pues sabemos que a los malos desama y castiga. El mayor de los que tantas muertes ha causado, no sería justo quedase con la vida, pues sabemos que la ha de emplear en maldades y traiciones; por tanto, si, así señor Licio os parece, vamos a él y hagamos en él lo que en vos hacer quiso, que siempre oí decir de los enemigos los menos; que muchos grandes hechos se han perdido juntamente con los hacedores dellos por no saber dalles cabo; si no preguntese al gran Pompeyo y a otros muchos que han hecho lo que él, mayormente que la ocasión no todas veces se halla. Y como libraremos por lo hecho, libraremos por lo que está por hacer. Todos a grandes voces dijeron ser muy bien acordado, y que antes que se escapase diésemos sobre él. Con este acuerdo con muy buena ordenanza y con toda presteza llegamos a la posada del traidor, al cual a aquella hora le habían llegado has tristes nuevas de la libertad de nuestro buen Capitán y de la gran matanza de los suyos a esta sazón se le debía doblar el pesar cuando le entrasen a decir como le tenían cercado la casa y mataban a cuantos se defendían, y la cruel y espantosa y nunca oída manera de nuestro pelear; él era de suyo cobarde, y es Dios testigo que no se lo levantó, ni lo digo por quererlo mal, mas porque así lo vi y conocí; y como viese esta debía se encobardar, mas porque en los pusilánimes es muy acaeceder, y lo contrario en los animosos. Y así se dio tan mala maña, que ni en escaparse ni en defenderse entendió: la casa cerrada, Licio adelante y yo a su lado, entramos dentro con harta poca resistencia, do le hallamos casi tan muerto como le dejamos; con todo quiso hasta su fin usar de su oficio, no de capitán, mas de traidor disimulado, porque como así nos vio ir para él, con una vocecita y falsa risita, haciendo del alegre nos dijo: buenos amigos, ¿qué buena venida es ésta? Enemigo, respondió Licio, a daros el pago de vuestro trabajo, y como quien tenía delante la gran afrenta y peligro en que puesto le había no curó con él de más pláticas sino juntársele y meterle la espada tres o cuatro veces por el cuerpo; yo no le quise ayudar ni consentir que nadie lo hiciese por no haber dello necesidad y también porque así convenía hacerse a la honra de Licio; por manera que apocado y cobardemente feneció el traidor D. Paver, como él y los de sus costumbres suelen. Salimos de su casa sin consentir que se hiciese algún daño, aunque hartos de los nuestros deseaban saquealla, en la cual había bien de que trabar, porque aunque malo, no necio, ni tan fiel como se cuenta de Scipión, que siendo acusado por otros no tales como él, haber habido grandes intereses de la guerra de África, mostrando en su cuerpo muchas heridas, juró a sus dioses no le haber quedado otras ganancias de las dichas guerras, las cuales heridas ni juramento no pudiera mostrar, ni hacer el malo de nuestro adversario, porque siempre en la guerra lo más de lo que en ella ganaba se llevaba, y lo mejor. Y con lo menos acudía al Rey, y así era muy rico, y tenía sano y entero el pellejo, que bien pienso yo que hasta el día que murió no se le habían rompido, porque él se guardaba de hallarse en las batallas en lugar de peligro, sino a ver de lejos en qué paraba la cosa, a manera de muy cuerdo capitán. Y digo que porque no se pensase de nosotros codicia, mas de que viesen que de sus males, y no de los bienes lo quisimos despojar, no se tocó en cosa alguna. A esta hora todos los atunes que en la corte estaban, y los más peces que en ella se hallaron naturales y extranjeros recorrieron a palacio; la vuelta fue tan grande, y el ruido y voces tan espantoso, que el Rey, en su retraimiento lo oyó, y preguntando la causa, le dijeron todo lo pasado, de que se espantó

y alteró en gran manera, y como cuerdo parecióle: que Dios te guarde de piedra y dardo, y de atún denodado: determinó por entonces no salir al ruido, y asimismo mandó que nadie saliese de palacio, mas que allí se hiciesen fuertes hasta ver la intención de Licio. Y así sé yo que bien estarían en el real palacio y delante de él más de quinientos mil atunes, sin otros muchos géneros de pescados que en la corte a sus negocios asistían; mas a mi ver si la cosa hubiera de pasar adelante tan poca defensa pienso tuvieran como otros: mas Dios nos guarde que tu ley y a tu Rey guardarás. Dejáronnos solos en la ciudad, y todos desampararon sus casas, y haciendas, no se teniendo en ellas por seguros; y los que no se iban al real palacio, salíanse huyendo al campo y lugares apartados, por manera que se podrá decir: dependen ciento de un malo, pues por aquel malo padecieron y fueron muertos y amedrentados muchos que por ventura no tenían culpa. Mandamos pregonar que ninguno de los nuestros fuese osado de entrar en ninguna casa, ni tomar un caracol que ageno fuese, sopena de muerte, y así se hizo.

## CAPITULO XI

*Cómo pasado el alboroto del capitán Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harían, y cómo enviaron su embajada al rey de los atunes*

Esto pasado entramos en nuestro consejo para ver lo que haríamos; algunos hubo que dijeron ser bien volvernos a nuestro alojamiento y hacernos fuertes en él, o con tratar amistad y confederación con solos los que al presente teníamos por enemigos, y con vernos airados, y ver nuestro gran poder, holgarían de nuestra amistad y nos darían favor: el parecer del bueno y muy leal Licio no fue éste, diciendo que si esto se hiciese que haríamos verdad la enemistad y mentira de nuestro enemigo, haciéndonos fugitivos y dejando nuestro Rey y naturaleza, mas que era mejor hacerlo saber al Rey nuestro señor. Y que si su Alteza fuese bien informado de la mucha causa que hubo para lo hecho, mayormente aquella postrera y más peligrosa traición ser traidor ser contra la voluntad y mando de su Alteza, pues queriendo sobreseer el negocio como su Alteza enviaba a mandar con el portero al alcalde, usó de mandado para que su maldad y no el querer del Rey su señor fuese cumplido. Y que visto esto por su Alteza y que no había sido desacato, ni atrevimiento a su real corona lo hecho, sino servicio a su justicia debido; con este parecer nos arrimamos los más cuerdos. Pues en este consejo acordamos enviarle con quien bien lo supiese a decir; sobre quien había de hacer esto tuvimos diversos pareceres, por que unos decían que fuesen todos y lo suplicasen se parase a una *finiestra*<sup>(45)</sup> a oír; otros dijeron que parecía desacato y era mejor ir diez o doce de nosotros dijeron que como estaba enojado no se desenojase en ellos; de manera que estábamos en la duda de los ratones, cuando pareciéndoles ser bien que el gato trajese al pescuezo un cascabel, contendían sobre quien se lo iría a colgar; a la fin la sabia capitana dio mejor parecer, y dijo a su varón que si servido fuese, que ella sola con diez doncellas se quería aventurar a hacer aquella embajada, y le parecía se acertaba el negocio; lo uno, porque contra ellas y sus flacas servidoras no se había el real poder de mostrar, lo otro porque ella por librar a su marido de muerte tenía menos culpa que todos, y lo demás porque pensaba sabello también decir, que antes le aplacase que indignase: a nuestro capitán le pareció bien, y a todos nosotros no mal. Y ella, apartando consigo a la hermosa Luna, que así se llamaba la

hermosa atuna su hermana de quien ya dijimos, y con ellas otras nueve las mejores de hocicos y muy bien dispuestas, se fue a palacio, y llegando a las guardas les dijeron hiciesen saber al Rey como la hembra de Licio su capitán le quería hablar, y que su Alteza le diese a ello lugar, porque convenía mucho a su real servicio, y para evitar escándalos, y pacificar su corte y reino, y que por ninguna vía la dejase de oír, y que si lo hiciese haría justicia, porque ella y su marido y los que con él estaban lo pedían y querían fuese bien castigado el culpado, y que si su Alteza no la quería oír, que desde allí su marido Licio ponía a Dios por testigo de inocencia y lealtad, para que en ningún tiempo fuese juzgado por desleal. Y de todo esto y lo demás que había de decir y hacer la señora capitana iba bien informada, y ella que sabía muy bien hablar; llegada al Rey esta nueva, aunque muy airado estaba, mandó que le diesen lugar y entrase segura. Y puesta ante él haciendo el acatamiento, antes que comenzase su habla, el Rey le dijo ¿paréceos, dueña, que le ha salido a vuestro marido buena obra de entre las alas? Señor, dijo ella, vuestra Alteza sea servido de oírme hasta dar fin a mi habla, y después mande lo que servido fuera, y cumplirse ha todo lo mandado por vuestra Alteza, sin faltar un punto; el Rey dijo que dijese, aunque tiempo de más reposo era menester para oírla. La discreta señora, cuerda y muy atentadamente en presencia de muchos grandes que con él estaban, los cuales a aquella sazón debían de estar bien pequeños; comenzando del comienzo, muy por estenso dio cuenta al Rey de todo lo que hemos contado, contando y afirmando ser así verdad, y si un punto dello saliese en todo lo que decía, fuese de ella cruel justicia hecha, como de inventora de falsedad ante la real presencia, y asimismo Licio su marido y sus valedores fuesen sin dilación justiciados. El Rey le respondió, dueña yo estoy al presente tan alterado de ver y oír lo que se ha hecho; por ahora no os respondo, mas de que os volváis para vuestro marido, y decille heis si le parece estalle bien que levante el cerco que sobre mí tiene, y deje a los vecinos deste pueblo sus moradas, y mañana volveréis acá y darase parte del negocio a los de mi consejo y hacerse ha lo que fuere justicia. La señora capitana, aunque desta repuesta no llevaba minuta, no le quedó en el tintero la buena y conveniente respuesta, y dijo al Rey: señor, mi marido ni los que con él vienen no tienen cerco sobre vuestra real persona, y asimismo él ni nadie de su compañía en casa alguna ha entrado sino en la de D. Paver. Y así los vecinos y moradores de aquí no se quejarán con razón, que en sus casas les han hecho, menos una toca, y si están en el pueblo es esperando lo que vuestra Alteza les manda hacer y para esto es mi venida y no quiera Dios que en Licio, ni en los que con él vienen haya otro pensamiento, porque todos son buenos y leales. Dueña, dijo el Rey, por agora no hay mas que responder. Ella y sus dueñas haciendo su debida mesura con gentil continente y reposo, se volvió a nosotros; y sabida la voluntad del Rey, a la hora salimos de la ciudad con muy buena ordenanza, y nos metimos en el monte, mas no muy muertos de hambre, porque dimos en nuestros enemigos muertos, y aun mandamos llevar a los desarmados bastimentos para los nuestros tres o cuatro días con quedar tanto, que tuvo toda la ciudad y corte hartazgo; y mal pecado no rogasen a Dios que cada ocho días echase allí otro tal nublado guardando al que rogaba; la ciudad desembarazada de los nuestros, los moradores de ella cada cual se fue a su posada, las cuales hallaron como las dejaron, y el Rey mandó que le trujesen lo que en la posada del muerto gran capitán hallasen; y fue tanto y tan bueno, que no había Rey en el mar que más y mejores cosas tuviese, y aun fue esto harta parte para que el Rey diese crédito a sus maldades, por paracelle no podía tener lo que se halló con justo título, sino habido mal y cautelosamente, y hurtándose a él. Después de esto entró

en su consejo, y como quiera que a do hay malos, alguna vez se halla algún bueno, debieronle decir que si era así como la parte de Licio decía, no había sido muy culpado en su hecho, mayormente pues su Alteza había mandado no hiciesen de él al presente justicia hasta ser bien informado de su culpa; junto con esto el portero que el mandato llevó declaró la cautela, que el cauteloso con él había usado; y como le metió en su posada y engañó, diciendo estar ahí los jueces, y como no lo dejó salir de ella, y la diligencia que hizo allí, y los alcaldes ante el Rey dijeron como era verdad que el Capitán general les había enviado a decir que su Alteza les mandaba que luego a la hora hiciesen la justicia y por dar en ello más brevedad no le trujesen, como se suele hacer por las acostumbradas calles, y que ellos, creyendo que aquél fuese el mandado de su Alteza lo habían mandado degollar. Por manera que el Rey conoció la gran culpa de su capitán, y fue cayendo en la cuenta, y cuanto más en ello miraba, más se manifestaba la verdad.

## CAPITULO XII

### *Cómo la señora capitana volvió otra vez al Rey, y de la buena respuesta que trajo*

Así estuvimos aquel día y la noche en el monte no muy descansados, y otro día la señora capitana con su compañía tornó a palacio; y por evitar prolijidad el señor nuestro Rey estaba ya harto más desenojado, y la recibió muy bien diciendo: buena dueña, si todos mis vasallos tuviesen tan cuerdas y sabias hembras, por ventura en sus bienes y honras aumentarían, y yo me ternía por bien andante. Digo esto porque en verdad viendo vuestra cordura y sabias razones, habéis aplacado mi enojo y librado a vuestro marido Y sus secuaces de mi ira y desgracia, y porque de ayer acá yo estoy informado mejor que estaba; decidle que sobre mi palabra venga a esta corte seguro él y toda su compañía y amigos, y por evitar escándalos por el presente le mando tenga su posada por cárcel hasta que yo mande otra cosa, y vos visitadnos a menudo, porque huelgo mucho en ver y oír vuestro buen concierto y razonamiento. La señora capitana le besó la cola dándole gracias de tan crecidas mercedes como muy bien supo; y así se volvió a nos con muy alegre respuesta, aunque algunos les pareció no lo debíamos hacer, diciendo ser mañosamente hecho para cojernos. A la fin como leales acordamos de cumplir el mandado de nuestro Rey, y ahincando sobre una prenda, que eran nuestras bocas, en las cuales confiábamos cuando nuestra lealtad no nos valiese. Luego movimos para la ciudad y entramos en ella acompañados de muchos amigos, que entonces se nos mostraban con ver nuestro hecho bien hilado. Y antes de esto no se osaban declarar por tales, conforme al dicho del sabio antiguo que dice así: cuando fortuna vuelve enviando algunas adversidades, espanta a los amigos que son fujitivos, mas la adversidad declara quien ama o quien no. Fuimos a posar a un cabo de la ciudad, lo más despoblado y sin embarazo que hallamos, donde estaban hartas casas sin moradores de los que nosotros sin vida hecimos; allí aposentamos lo más congregado que pudimos, y mandamos que no saliese a la ciudad ninguno de nuestra capitania por parecer se hacía cumplidamente lo que su Alteza mandó. En este medio la señora capitana visitaba cada día al Rey, con lo cual él trabó mucha amistad, más de lo que yo quisiera, aunque todo, según pareció fue agua limpia, pagando la hermosa Luna con su inocente sangre, gentil y no tocado cuerpo. Porque como ella iba con su hermana a aquellas estaciones, y como suelen decir, de tales

romerías tales veneras, el rey se pagó de ella tanto que procuró con su voluntad haber su amor, y bien creo yo la hermosa Luna no lo hizo con consejo y parecer de su hermana, y así fue de ello sabidor el buen Licio, porque casi me lo declaró pidiéndome mi parecer, yo le dije me parecía no ser mucho yerro, mayormente que sería gran parte y el todo de nuestra deliberación. Y así fue que la señora Luna privó tanto con su Alteza, y él fue de ella tan pagado que a los ocho días de su real ayuntamiento pidió lo que pidió y fuimos todos perdonados. El Rey alzó el carcelaje a su cuñado, mandó que todos fuésemos a palacio, Licio besó la cola del Rey, y él se la dio de buena gana, y yo hice lo mismo, aunque de mala gana en cuanto hombre por ser el beso en tal lugar. Y el Rey nos dijo: capitán, yo he sido informado de vuestra lealtad, y de la poca de vuestro contrario; por tanto desde hoy sois perdonado vos y todos los de vuestra compañía, amigos y valedores que en el caso pasado, os dieron favor y ayuda, y para que de aquí adelante asistáis en nuestra corte os hago merced de las casas y de lo que en ellas está, del que permitió Dios las perdiese y la vida con ellas, y os hago merced del mismo oficio que él tenía de nuestro Capitán general, y de hoy más lo ejerced y usad como sé que bien sabéis hacer; todos nos humillamos ante él, y Licio le tornó a besar la cola, rindiéndole grandes loores por tantas mercedes, diciendo que confiaba en Dios le haría con el cargo tales y tan leales servicios que su Alteza si tuviese por bien habérselas hecho. Aquel día fue informado el Rey nuestro señor del pobre Lázaro atún, aunque a esta sazón estaba tan rico y alegre de verlos ser amigos que me parece jamás haber habido tal alegría. El Rey me preguntó muchas cosas y en los de las armas como había hallado la invención de ellas, y a todo le respondí lo mejor que supe. Finalmente se holgó y preguntó con qué número de peces pensaría pelear con los armados que traímos; yo le respondí: señor, sacada la ballena, a todo el mar junto osaré esperar y pensaré ofender. Espantose de esto y díjome que holgaría si hiciésemos una muestra ante él por ver el modo que teníamos en pelear; acordose que el día siguiente se hiciese, y que él saldría al campo a verlos. Y así fue que Licio nuestro general, y yo y los demás salimos con todos los armados de nuestra compañía, y ordenó aquel día una buena invención, aunque acá los soldados lo usan, hícelos poner en ordenanza, y así pasamos ante su Alteza, y hecimos nuestro caracol, y aunque el coronel Villalba y sus contemporáneos lo debían hacer mejor, y con mejor concierto, a lo menos para el mar, y como no habían visto estar ordenados escuadrones, parecióles a los que los veían maravillosa cosa: después hice un escuadrón de toda la gente, poniendo los mejores y más armados en las primeras hileras; y hice a Melo que con todos los desarmados, y con otros treinta mil atunes saliesen a escaramuzar con nosotros, los cuales nos cercaron de todas partes, y nosotros muy en orden, nuestro escuadrón bien cerrado, comenzamos a defendernos y herir y ofenderlos, de manera que no bastara todo el mar a entrarnos. El Rey vio que yo había dicho verdad, y que de aquel modo no podíamos ser ofendidos, y llamó a Licio y le dijo: maravillosa manera se da éste vuestro amigo en las armas, paréceme es esta manera de pelear para señorear todo el mar. Sepa vuestra Alteza que es así verdad, le dijo el Capitán general, y cuanto a la buena industria del estraño atún mi buen amigo, no puedo creer sino que Dios viene, y que lo ha acarreado en estas partes para gran pro e honra de vuestra Alteza, y aumento de sus reinos y tierra; crea vuestra Grandeza que lo menos que en él hay es esto, porque son tantas y tan escelentes las partes que tiene, que nadie basta a las decir: el más cuerdo y sabio atún que hay el mar, virtuoso y honrado, y el atún de más verdad y fidelidad, el más gracioso, y de buenas maneras es que yo jamás he oído decir, finalmente no tiene cosa de

echar a mal, y vuestra Alteza piense que no me hace decir esto la voluntad que le tengo, sino la mucha verdad que en decillo digo. Por cierto mucho debe a Dios, dijo el Rey, un atún que así con él partió sus dones, y pues me decís ser tal, justo es le hagamos honra, pues a nuestra corte ha venido, sabed de él si querrá quedar con nos, y rogádselo mucho de vuestra parte, y de la mía, que podrá ser no se arrepienta de nuestra compañía.

### CAPITULO XIII

#### *Cómo Lázaro asentó con el rey y cómo fue muy su privado*

Pasado esto, el general tomó cargo de me lo decir, y el Rey se volvió, muy contento a la ciudad, y nosotros también; después el capitán me habló diciendo lo que con el Rey había pasado, y como deseaba que le sirviese, y todo lo demás. Finalmente, yo fui rogado; y mucho a mi honra hice mi asiento. Veis aquí vuestro pregonero de cuantos vinateros en Toledo había, hecho el mayor de la casa real, dándome cargo de la gobernación de ella, y andar a decir donaires. Dí gracias a Dios, porque mis cosas iban de bien en mejor, y procuré servir a mí Rey con toda diligencia, y en pocos días casi lo era yo; porque ningún negocio de mucha o poca calidad se despachaba sino por mi mano, y como yo quería. Con todo esto no dejé sin castigo a los que lo merecían, y por mis mañas supe cómo y de qué manera la sentencia de Licio se había dado tan injustamente, aunque al presente el Rey había puesto silencio en el caso, por ser el capitán pece de calidad y muy emparentado; de que me vi en alto presumí de repicar las campanas, y dije al Rey que aquel había sido un caso feo, y no digno de disimularse, porque era abrir puerta a la justicia; por tanto que a su servicio cumplía fuesen castigados los que tuviesen culpa. Cometiolo su Alteza a mí como todo lo demás, y yo, los cometí de tal suerte, que hice prender todos los falsarios que muy descuidados estaban, y puestos a cuestión de tormento, confesaron haber jurado falso en dichos y condenación que al buen Licio se hizo. Preguntándoles por qué lo hicieron, o qué les dio el mal Capitán general porque la hiciesen, respondieron no les haber dado ni prometido, ni eran sus amigos ni servidores: ¡Oh desalmados pecadores, o litigantes y hombres que os quejáis que vuestro contrario hace mala probanza con número de testigos falsos que tiene grangeados para sus menesteres, venid, venid al mar, y veréis la poca razón que tenéis de os quejar en la tierra; porque si ese vuestro adversario presentó testigos, falsos, y les dio algo por ello, o lo prometió, y ser antes sus amigos, por quien el otro día hacía otro tanto! ¡mas a estos infieles peces, ni promesa, ni galardón, ni amistad lo hace hacer, y así son más de culpar y dignos de gran castigo! y así fueron ahorcados; supe más, el escribano ante quien pasaba la causa, ningún escrito que por parte de Licio se presentó, ni auto que en su defensa hiciesen, admitía ni quería recibir. ¡Oh desvergüenza, dije yo, y como se sufría en la tierra! por cierto, ya que el escribano no fuese favorable, hiciera lo demás honestamente tomando las escrituras, y después las pusiera en el proceso, mas no las hiciera perdedizas; mas ese otro hecho es el diablo: y asimismo se hizo de él justicia; súpose como no fue agua limpia la mucha brevedad que se tuvo en sentenciale, y yo culpé mucho a los ministros, diciéndoles: un pleito de dos pajas no lo determinaré en un año, ni en diez, ni aun en veinte, y la vida y honra de un noble pece deshacéis en una hora; diéronme no se qué excusas, las cuales no les excusaran de pena, sino que el Rey

mandó espresamente hubiese con ellos disimulación por lo que tocaba al real oficio, y así lo hice, mas bien sentía había andado en medio de ellos y del mal General, el generoso y gracioso brazo que es el que suele bajar los montes y subir los valles, y adonde esto entra todo lo corrompe; por la cual causa el Rey de Persia dio un cruel castigo a un mal juez, haciéndole desollar, y teniendo tendida la piel en la silla judicial, hizo sentar en ella a un hijo del mal juez; y así el Rey bárbaro proveyó por maravillosa y nueva forma, que ningún juez dende adelante no fuese corrompido. En este propósito decía el otro que do afición reina, la razón no es entendida. Y que el buen legista pocas cosas puede cometer a los jueces mas determinallas por leyes, porque los jueces muchas veces son pervertidos, o por amor, o por odio, o por dádivas; por lo cual son inducidos a dar muy injusta sentencia, y por tanto dice la escritura: «Juez, no tomes dones que ciegan a los prudentes, y tornan al revés, las palabras de los justos.» Esto aprendí de aquel mi buen ciego, y todo lo demás que sé en leyes, que cierto sabía, según él decía más que Bártulo, y que Séneca en doctrina, mas por hacer lo que tengo dicho que el Rey me mandó, pasé por ello harto a mi pesar. En tanto que esto pasaba el General por mando del Rey había ido con grande ejército a hacer guerra a los sollos, los cuales pronto venció poniendo su Rey de ellos en sujeción, y quedó obligado a darle cada un año largas parias, entre las cuales daban cien sollaras vírgenes y cien sollos, los cuales por ser de preciado sabor el Rey comía, y las sollaras tenía para su pasatiempo. Y después nuestro gran Capitán fue sobre las toñinas y las venció y puso bajo nuestro poderío. Creció tanto el número de los armados y pujanza de nuestro campo que teníamos sujetos muchos géneros de pescados, los cuales todos contribuían y daban parias, como hemos dicho, a nuestro Rey. Nuestro gran Capitán no contento con las victorias pasadas, armó contra los cocodrilos, que son unos peces fierísimos, y viven a tiempo en tierra, y a tiempo en el agua, y hubo con ellos muchas batallas campales, y aunque algunas perdió, de las más salió con victoria; mas no era maravilla perder algunas; porque, como dije, estos animales son muy feroces, grandes de cuerpo, tienen dientes y colmillos, con los cuales despedazan cuantos se topan delante, y con toda su ferocidad los nuestros los hubieran desbaratado muchas veces, sino que cuando se veían de los nuestros muy apremiados dejaban el agua íbanse en tierra. Y así escapaban, y al fin el buen Licio los dejó con haber hecho en ellos grande matanza, recibió gran daño y perdió al buen Melo su hermano, que fue para el ejército harta tristeza, mas como muriese como bueno fuenos consuelo porque se averiguó que antes que lo matasen, mató con su persona y con su buena espada (de la cual era muy diestro) más de mil cocodrilos, y aun no lo mataran, sino que yendo ellos huyendo a tierra y él tras ellos en el alcance, no mirando el peligro, dio en tierra, y allí encalló y como no le pudieron los suyos socorrer, los enemigos le hicieron pedazos. Finalmente, el buen Licio, vino de la guerra el más estimado pece que había vivido en agua del mar estos diez años trayendo grandes riquezas y despojos, con los cuales enteramente acudió al Rey sin tomar para sí cosa alguna. Su Alteza lo recibió con aquel amor que era justo a pece que tanto lo había servido y honrado, y partió con él muy largo, hizo mercedes muy cumplidas a los que le habían seguido, por manera que todos quedaron contentos y pagados. El Rey por mostrar favor a Licio puso luto por Melo, y lo trujo ocho días, y todos lo trujimos, por que sepa vuestra merced el luto que se pone entre estos animales cuando tienen tristeza, que en señal de luto y pasión no hablan, sino por señas han de pedir lo que quieren. Y ésta es la forma que entre ellos se tiene cuando muere el marido o la mujer o hijo, o principal persona valerosa, y guárdase en tanta manera que se tenía por gran ignominia, y

la mayor del mar, si trayendo luto hablasen, hasta tanto que el Rey se lo enviase a mandar al apasionado, que le mandaba que alce el llanto, y entonces hablan como de antes. Yo supe entre ellos que por muerte de una dama, que un varón tenía por amiga, puso luto en su tierra que duró diez años, y no fue el Rey bastante a se lo hacer quitar, porque todas las veces que se lo enviaba a decir que lo quitase, le enviaba a suplicar le mandase matar, mas que quitallo era por demás; y contáronme otra cosa de que gusté mucho, que viendo los suyos tan gran silencio unos a un mes, otros a un año, otros a dos, cada uno según tenía la gana de hablar, se le fueron todos, que un atún no le quedó, y con esto le duró tanto el luto, que aunque quisiera quitallo no tuviera con qué, cuando esto me contaban, pasaba yo por la memoria unos hombres parlones que yo conocía en el mundo, que jamás cerraban la boca, ni dejaban hablar a nadie que con ellos estuviese; sino un cuento acabado, y otro comenzado, y hartas veces por que no les tomasen la mano, los dejaban a medio tiempo tornaban a otro, y hasta venir la noche que los despartiese como batalla, no hubiédeses miedo que ellos acabasen; y lo peor que no ven ellos cuán molestos son a Dios y al mundo, y aun pienso que al diablo, porque de parte de ser sabio huiría de estos necios, pues cada semejante quiere a su semejante: vasallos de estos barones los vea yo, y que se les muera la amiga porque me vengue de ellos.

#### CAPITULO XIV

##### *Cómo el Rey y Licio determinaron de casar a Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento*

Pues tornando a nuestro negocio, siendo pasado el luto y tristeza que todos tuvimos por la muerte de Melo, el Rey mandó con gran diligencia se entendiese en rehacer el número de los armados y en buscar armas donde se hallasen, y así se hizo. En este tiempo pareció a su Alteza ser bien casarme, y comunicolo con el buen Licio, al cual dio el cargo del negocio, y él se quisiera eximir de ello según que dél supe: mas por complacer al Rey no osó hacer otra cosa. Y díjomelo con alguna vergüenza diciendo: que él vía yo merecer más honra según la mucha mía; mas que el Rey le había mandado, espresamente que él fuese el casamentero. Finalmente dan, la ya no tan hermosa ni tan entera Luna, por mía. En dicha me cabe (dije entre mí); para jugador de pelota no valdría un clavo, pues maldito el voleo alcanzó sino de segundo bote, y aun plega a Dios, no sea demás, con todo a subir acierto. Razón es de Arcipreste a Rey haber salto. Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieran a un príncipe, con un vizcondado que con ella el Rey me dio, que a tenerlo en tierra me valiera algo más que en la mar; al fin a el extremo atún subí mi nombre a su señoría, a pesar de gallegos. Desta manera se estaba mi señoría triunfando la vida, y con mi buena y nueva Luna muy bien casado, y muy mejor con mi Rey, y no descuidándome de su servicio, pensando siempre como le daría placer y provecho, pues le debía tanto, y con esto en ningún tiempo y lugar lo vía que no se lo alegase, fuese como fuese, y diese do diese guardándome mucho de decirle cosa que le diese pena y enojo, teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades. Acordeme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calístenes por se las decir, y con esto nada me sucedía mal, tenía a grandes y

pequeños tan somano que en todo tenían mi amistad como la del Rey. En este tiempo, pareciéndome confirmar el estado del mar con el de la tierra, di aviso al Rey diciéndole sería bien, pues tiene el trabajo, que tuviese el provecho, y era que hasta entonces la corona leal no tenía otras rentas sino solamente de treinta partes de una de todo lo que se vendía, y cuando tenía guerra justa y conveniente a su reino, dábanle los peces necesarios para ella, y pagabánselos, y solos diez pescados para su plato cada día; yo le impuse en que le pechasen todos cada uno un tanto, y que fuesen los derechos como en la tierra, y que le diesen para su plato cincuenta peces cada día. Puse más, que cualquiera de sus súbditos que se pusiese don sin venirle por línea derecha, pagase un tanto a su Alteza, y este capítulo me parece fue muy conveniente, por que es tanta la desvergüenza de los pescados, que buenos y ruines, bajos y altos, todos dones, don acá y don acullá, doña nada y doña nonada; hice esto acordándome del buen comedimiento de las mujeres de mi tierra, que ya que alguna caiga por desdicha en este mal latín, o será hija de mesonero honrado, o de escudero, o casó con hombre que llaman su merced, y otras de esta calidad que ya que pongan el dicho don, están fuera de necesidad; mas en el mar no hay hija de habacera que si casase con quien no sea oficial no presuma dende a ocho días poner un don a la cola, como si aquel don les quitase ser hijas de personas no honestas, y que no lo tenían, y que no lo tener muchas de ellas serían por ventura en más tenidas, porque no darían causa que las desenterrasen sus padres, y traigan a la memoria lo olvidado, y sus vecinos no tratarían ni reirían de ellas, ni de su merced que se lo consiente poner, y a ellas de suyo sabemos no ser macizas; mas en esto ellos se muestran más bravos y livianos. Pareció bien al Rey rentándole harto, aunque de allí adelante como costaba dinero pocos dones se hallaban. Destas y de otras cosillas y nuevas imposiciones más provechosas al Rey que al reino avisé yo. El Rey con verme tan solícito en su servicio, tampoco era perezoso en las mercedes, antes eran muy contentas y largas; aprovecheme en este tiempo de mi pobre escudero de Toledo, o por mejor decir de sus sagaces dichos, cuando se me quejaba no hallar un señor de título con quien estar, y que si lo hallara le supiera bien grangear, y decía allí el cómo del cual yo usé, y fue para mí muy provechoso, especialmente un capítulo de ella que fue muy avisado en no decir al Rey cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese andar a su favor, tratar bien y mostrar favor a los que él tenía buena voluntad, aunque no lo mereciesen, y por el contrario, a los que no la tenía buena, tratándolos mal, y decir de ellos males aunque en ellos no cupiesen, no yéndoles a la mano a lo que quisiesen hacer, aunque no fuese bueno. Acordeme del dicho Calístenes, que por decir verdades a su amo Alejandro le mandó dar cruelísima muerte, aunque esta debería tenerse por vida siendo tan justa la causa; ya no se usa sino vivir, sea como quiera, de manera que yo me arrimaba cuanto podía a este parecer, y de esta suerte cayose la sopa en la miel y mi casa se henchía de riqueza; mas aunque yo era pece tenía el ser y entendimiento de hombre. Y la maldita codicia que tanto en los hombres reina, porque un animal dándole su cumplimiento de lo que su natural pide, no desea más ni lo busca. No dará el gallo nada por cuantas perlas nacen en oriente, si está satisfecho de grano, ni el buey por cuanto oro nace en las indias, si está harto de yerbas, y así todos los demás animales; solo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañada de codicia; dígoles porque con toda mi riqueza y tener, porque apenas se hallaba Rey en el mar que más y mejores cosas tuviese, fui aguijonado de la codicia hambrienta y no con lícito trato; con esto hice armada para que fuese a los golfos del León, y del Hierro, y a otros despaché a los bancos de Flandes do se perdían naos de

gentes, y a los lugares do había habido batallas, do me trujeron grande cantidad de oro, que en solo doblones pienso me trujeron mas de quinientos mil; reíase mucho el Rey de que me veía holgar y revolcar sobre aquellos doblones, y preguntábame que para qué era aquella nonada, pues ni era para comer ni traer; dije yo entre mí: si tú lo conocieses como yo no preguntaría eso; respondíale que los quería para contadores, y con esto le satisfacía, y después que a la tierra vine, como adelante diré, maldito aquel de mis ojos pude ver, y es que todos los que había me los trujeron allí en el mar, y así acá no anda ya ninguno, y si lo hay débenlo tener en otro tan hondo y escondido lugar. Harto yo deseaba si ser pudiera hallar una nao que cargara de ellos, aunque le diera la mitad de mi parte al que me los diera a la mi Elvira en Toledo para con que casar a la mi niña con alguno, que bien seguro estaba haber hartos que no me la desecharan por ser hija de pregonero; y con esta gana, salí dos o tres veces tras naos que venían de Levante dándoles gritos sobre el agua que esperasen, pensando me entenderían e imaginarían, y aunque no fuesen fieles mensajeros, en llevar el tesoro o parte de él a Toledo, con que lo aprovecharan hombres me contentaba por el amor que yo tenía a la humana naturaleza; mas luego que los llamaba, o me veían, me arrojaban harpones o dardos para me matar, y con esto tornábame a mi menester y bajaba a ver mi casa, otras veces deseaba que Toledo fuera puerto de mar, para podelle henchir de riquezas, porque no fuera menos de haber mi mujer o hija alguna parte. Y con éstos y otros deseos y pensamientos pasaba mi vida.

## CAPITULO XV

*Cómo andando Lázaro a caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la verdad*

Como yo me perdí de los míos, hallé la verdad, la cual me dijo ser hija de Dios y haber bajado del cielo a la tierra por vivir y aprovechar en ella a los hombres, y como casi no había dejado nada por andar en lo poblado y visitado todos los estados grandes y menores, y ya que en casa de los principales había hallado asiento, algunos otros la habían revuelto con ellos, y por verse con tan poco favor se había retraído a una roca en la mar; contome cosas maravillosas que había pasado con todos géneros de gentes, lo cual si a vuestra merced hubiese de escribir sería largo, y fuera de lo que toca a mis trabajos; cuando sea vuestra merced servido, si quiere, le enviaré la relación de lo que con ella pasé; vuelto a mi Rey lo conté lo que con la verdad había pasado.

## CAPITULO XVI

*Cómo despedido Lázaro de la verdad, yendo con las atunas a desovar, fue tomado en las redes, y volvió a ser hombre*

Yéndome a la corte consolado con estas palabras, viví alegre algunos días en el mar; en este medio se llegó el tiempo que las atunas habían de desovar, y el Rey me mandó que yo fuese aquel viaje, porque siempre con ellas enviaba quien las guardase y defendiese, y al presente el general Licio estaba enfermo, el cual, si bueno estuviera, sé que hiciera este camino, y después que yo estaba en el mar había ido dos o tres veces, porque cada año

una vez iban en la dicha desovación. De manera que en el dicho ejército llevé conmigo dos mil armados, y en mi compañía fueron más de quinientas mil atunas que se hallaron preñadas; y despedidos del Rey, tomamos nuestro camino, y nuestras jornadas contadas, dimos con nosotros en el estrecho de Gibraltar, y aquel pasado, venimos a Conil y a Vejer, lugares del Duque de Medina Sidonia do nos tenían armado; yo fui avisado de aquel peligro y como allí se solía hacer daño en los atunes, y aviseles se guardasen, mas como fuesen ganosas de desovar en aquella playa, y ella fuese para ello aparejada, por bien que se guardaron, en ocho días me faltaron mas de cincuenta mil atunas. Y visto el daño como se hacía acordamos los armados de meternos con ellas en la playa, y mientras desovaban, si prenderlas quisiesen, herir en los salteadores y en sus redes, y hacérselas pedazos; mas salieron al revés con la fuerza y maña de los hombres, que es otra que la de los atunes: y así nos apañaron a todos con infinitas de ellas en una redada, sin recibir casi daño de nos, antes ganancias, que como mis compañeros se vieron presos, desmayaron, y por dar gemidos desampararon las armas, lo cual yo no hice, sino con mi espada me asieron, habiendo con ella hecho harto daño en las redes, juntamente conmigo a mi buena y segunda mujer. Los pescadores admirados de verme así armado, me procuraron quitar el espada, la cual yo tenía bien asida; mas tanto por ella tiraron, que me sacaron por la boca un brazo y mano, con la cual yo tenía bien asida el espada, y me descubrieron por la cabeza la frente, ojos y narices, y la mitad de la boca. Muy espantados de tal acaecimiento me asieron muy recio del brazo y otros trabándome de la cola, me comienzan a sacar, como a cuero atestado en costal; miré y vi cabe mí la mi Luna muy afligida y espantada, tanto y más que los pescadores, a los cuales comenzando a hablar en lengua de hombre, yo dije: hermanos, encárgeos las conciencias, y no se atreva alguno a visitarme con el brazo del mazo, ca sabed que soy hombre como vosotros; mas acabad de quitar la piel, y sabréis de mí grandes secretos; esto dije, porque aquellos mis compañeros estaban cabe mí, muchos de ellos muertos, hechos pedazos los testuces con unos mazos que los de la javega en sus manos para aquel menester traían, y asimismo les rogué por gentileza que a aquella atuna que cabe mí estaba diesen libertad, porque había sido mi compañera y mujer gran tiempo; ellos, en gran manera alterados en verme y oírme, hicieron lo que los rogué. Al tiempo que la mi compañera de mí partía llorando y espantada, le dije en lengua atunesa: Luna mía y mi vida, vete con Dios, y no tornes a ser presa, y da cuenta de lo que ves al Rey y a todos mis amigos, y ruégote que mires, por mi honra y la tuya. Ella, sin me dar, respuesta, saltando en el agua, se fue muy espantada. Sacáronnos de allí a mí y a mis compañeros que veía a mis ojos matar, y hacer pedazos a la lengua del agua, y a mí teníanme echado en el arena medio hombre y medio atún, como he contado, y con harto miedo si habían de hacerme ceniza; acabada la pesca aquel día, habiéndome preguntado, yo les dije la verdad, y rogándoles me sacasen del todo, lo cual ellos no hicieron; mas aquella noche me cargan en un acémila, y dan conmigo en Sevilla, y pónenme ante el ilustrísimo Duque de Medina, y fue tanta la admiración, que con mi vista ellos y los que me veían sentían y sintieron, que en grandes tiempos no vino a España cosa que tanto espanto pusiese. Tuviéronme en aquella pena ocho días, en los cuales supieron de mí cuanto había pasado. A cabo de este tiempo sentí a la parte que de pece tenía detrimento, y que se estragaba por no estar en el agua, y supliqué a la señora Duquesa y a su marido que por amor de Dios me hiciesen sacar de aquella prisión, pues a su alto poder había venido, y dándoles cuenta del detrimento que sentía holgaron de lo hacer, y fue acordado que diesen pregón en Sevilla para que viniesen a ver mi

conversión, y en una plaza que ante su casa está hecho un cadalso, porque todos me viesen allí. Fue juntada Sevilla y desde la plaza se hinchió por calles, tejados y terrados do cabía la gente, luego mandó el Duque que fuesen por mí y me sacasen de una jaula que luego que vine del mar me hicieron, do estuve, y fue bien pensado, porque según la multitud de las gentes que siempre me acompañaban, sino hubiera verjas en medio de mí y de ellos, ahogáranme sin falta. ¡Oh gran Dios! decía, ¿qué es lo que en mí se ha renovado? porque hombre en jaula ya lo he visto estar y mucho a su pesar, y aves; pescado nunca lo vi. Así me sacaron y llevaron en un pavés con cincuenta alabarderos que delante de mí iban apartando la gente y aun no podían.

## CAPITULO XVII

### *Que cuenta la conversión hecha en Sevilla en un cadalso de Lázaro atún*

Pues puesto en el cadalso, y allí tirándome unos por la parte de mi cuerpo que defuera tenía, otros por la cola del pescado me sacaron como el día en que mi madre del vientre me echó, y el atún se quedó solamente siendo pellejo; diéronme una capa con que me cubrir, y el Duque mandó me trujesen un vestido suyo de camino, el cual aunque me arrastraba me vestí, y fui tan festejado y visitado de gentes, que en todo el tiempo que allí estuve casi no dormí, porque de noche no dejaban de me venir a ver y a preguntar, y el que un rato de auditorio conmigo tenía se contaba por muy dichoso; al cabo de algunos días, después que del todo descubrí mi ser, casi enfermo porque la tierra me probó, y como estaba hecho al mantenimiento marino, y el de la tierra es de otra calidad, hizo en mí mudanza, y pensé cierto que mis trabajos con la vida habían acabado; quiso Dios de este trabajo con los demás librame, y desde me vi para poder caminar, pedí licencia a aquellos señores, la cual de mala gana alcancé, porque me pareció quisieran tenerme consigo, por oír las maravillosas cosas que me acontecieron, y las más que yo glosaba, a las cuales me daban entero crédito con haber visto en mí tan maravillosa mudanza. Mas en fin, sin embargo de esto diéronme la dicha licencia, y me mandaron magníficamente proveer para mi camino; y así di conmigo en Toledo, víspera de la Asunción que pasó, el más deseoso hombre del mundo de ver a mi mujer y a mi niña, y dalle mil abrazos, la cual manera de retozo para cuatro años iba que no la usaba, porque en el mar no se usa, que todo es hociadas. Entré de noche y fuime a mi casilla, la cual hallé sin gente; fui a la de mi señor el Arcipreste, y estaban ya durmiendo, y tantos golpes di que los desperté; preguntándome quien era, y diciéndolo, la mi Elvira muy ásperamente me respondió a grandes voces: andad para beodo, quien quiera que sois, que a tal hora andáis a burlar de las viudas; a cabo de tres o cuatro años que al mi malogrado llevó Dios, y hundió en la mar a vista de su amo, y de otros muchos que lo vieron ahogar, venís agora a decir donaires; y tórnase a la cama sin más me oír ni escuchar. Torné a llamar y dar golpes a la puerta, y mi señor enojado se levantó y púsose a la ventana, y a grandes voces comenzó a decir: que bellaquería es ésa, y que gentil hecho de hombre de bien; quería saber quien sois para mañana daros el pago de vuestra descortesía, que a tal hora andáis por las puertas de los que están reposando, dando aldabadas, y haciendo alborotos, con los cuales quebráis el sueño y reposo. Señor, dije yo, no se altere vuestra merced; que si quiere saber quien soy, también yo lo quiero decir. Vuestro criado Lázaro de Tormes soy;

apenas acabé de decillo, cuando siento pasar cabe las orejas un guijarro pelado con un zumbido y furia, y tras aquel otro y otro, los cuales dando en los que en el suelo estaban, con lo que la calle estaba empedrada, hacía saltar vivo fuego y ásperas centellas; visto el peligro, que no esperaba razones, tomé la calle abajo ante los ojos y a buen paso me alejé, y él quedó desde su ventana dando grandes voces, diciendo: veníos a burlar y veréis cómo os irá. Eché seso amontón, y pareciome tornar a probar la ventura, porque yo no me quería descubrir a nadie, y por ser ya muy noche determiné de pasar lo que quedaba de ella por allí, y venida la mañana irme a casa; mas no me acaeció así, porque dende a poco pasó por donde yo estaba un alguacil, que andaba rondando, y tornándome la espada, dio conmigo en la cárcel, y aunque yo conocía a algunos de los gentiles-hombres que de porquerones lo acompañaban, y los llamé por sus nombres y dije quien era, reíanse de mí, diciendo que más de tres años había que el que yo decía ser era muerto en lo Argel, y así dan conmigo en la cárcel, y allí me tomó el día, el cual venido, cuando los otros se visten y aderezan para ir a la Iglesia a holgar una tan solemne fiesta, pensando yo haría lo mismo porque yo sería conocido de todos, entró el alguacil que me había preso, y echándome grillos a los pies, y una buena cadena gruesa a la garganta y metiéndome en la casa del tormento, todo fue uno. Este gentil-hombre que teniendo disposición y manera para ser corregidor, y se hace pregonero, esté aquí algún día, hasta que sepamos quien es, pues anda de noche a escalar las casas de los clérigos; pues a fe que ese sayo no se debió cortar a vuestra medida, ni trae olor de vino como suelen traer los de vuestro oficio, sino de un fino ámbar; al fin vos diréis, más de vuestro grado, a quien lo hurtéis, que si para vos se cortó, a fe que os hurtó el sastre más de tres varas. En hora mala acá venimos, dije yo entre mí; con todo eso le hablé diciéndole que yo no vivía de aquel menester, ni andaba a hacer lo que él decía. No sé si andáis, dijo, mas agora sale el Arcipreste de S. Salvador de la casa del corregidor diciendo que anoche le quisieron robar, y entrar la casa por fuerza, si con buenos guijarros no se defendiera, y que decía el ladrón que era Lázaro de Tormes, un criado suyo; le dije cómo os topé cabe su casa y me dijo lo mismo, y por eso os manda poner a buen recaudo; el carcelero dijo: ése que decís, pregonero en esta ciudad, mas en lo de Argel murió, y bien le conocía yo, perdónelo Dios, hombre era para pasar dos azumbres de vino de una casa a otra sin vasija ; ¡Oh desventurado de mí! dije yo, que aún mis fortunas no han acabado; sin duda de nuevo tornan mis desastres: ¿qué será esto que aquéllos que yo conozco y conversé y tuve por amigos me niegan y desconocen? mas no podrá tanto mi mala fortuna que en esto me contrarie, pues mi muger no me desconocerá, como sea la cosa que en este mundo más quiero y ella quiere; rogué mucho al carcelero, y paguésele, que fuese a ella y le dijese que estaba allí, que me viniese a hacer sacar de la prisión, y él riendo de mí tomó el real, y dijo lo haría, mas que le parecía que no traía juego de veras, porque si yo fuera el que decía él le conociera, porque mil veces le había visto entrar en la cárcel, y acompañar los azotados, y que fue el mejor pregonero y de más clara y alta voz que en Toledo hubo: al fin como yo importunase, fue y pudo tanto que trujo consigo a mi señor, y cuando le iba a hablar que lo metió do yo estaba, trujeron una candela; aquella alegría que los del limbo debieron sentir al tiempo de su libertad sentí, y dije llorando de tristeza, y más de alegría. ¡Oh mi señor Rodrigo de Yepes, Arcipreste de S. Salvador! mirad cual está el vuestro buen criado Lázaro de Tormes, atormentado y cargado de hierros, habiendo pasado tres años las más estrañas y peregrinas aventuras que jamás oídas fueron; él me llegó la candela a los ojos, y dijo: la voz de Jacob es, y la cara de Esaú. Hermano mío, verdad es que en la

habla algo os parecéis, mas en el gesto sois muy diferente del que decís. A esta hora caí en la cuenta, y rogué al carcelero me hiciese merced de un espejo, y él lo trujo; y cuando en él me miré, vime muy desemejado del ser de antes, especialmente del color que solía tener como una muy rubicunda granada, digo como los granos de ella, y agora como la misma gualda, y figuras también muy mudadas; yo me santigüé y dije: agora, señor, no me maravillo, estándolo mucho de mí mismo, que vuestra merced ni nadie de mis amigos no me conozcan, pues yo mismo me desconozco; mas vuestra merced me la haga de sentarse, y vos, señor alcalde, nos dad un poco lugar y verá como no he dicho mentira; él lo hizo y quedando solos le di todas las señas de cuanto había pasado después que lo conocía, y tal día esto, y tal día esto otro; después le conté en suma todo lo que había pasado, y como fui atún, y que del tiempo que estuve en el mar y del mismo mantenimiento y del agua, me había quedado aquel color, y mudado el gesto, el cual hasta entonces yo no me había mirado. Finalmente, después quedose muy admirado y dijo: eso que vos decís muy notorio se dijo en esta ciudad, que en Sevilla se había visto un atún hombre, y las señales que me dais también son verdaderas, mas todavía dudo mucho; lo que haré por vos será traer aquí a Elvira mi ama, y ella por ventura os conocerá mejor, y le di muchas gracias y le supliqué me diese la mano para la besar, y me echase su bendición como otras veces había hecho, mas no me la quiso dar. Pasé aquel día y otros tres, al cabo de los cuales una mañana entra el teniente de corregidor con sus ministros y un escribano, y comiéndanme a preguntar, y sino lo han por enojo, a querer ponerme a caballo, o por mejor decir verdad, en potro; no pude contenerme de no derramar muchas lágrimas dando muy grandes suspiros y sollozos, quejándome de mi sobrada desventura, que tan a larga me seguía; con todo esto con las mejores y más razones que pude, supliqué al teniente que por entonces no me tormentase, pues harto lo estaba yo, y porque lo contentase viese mi gesto, al cual llegando la luz dijo, por cierto este pecador yo no sé que fuerza podrá hacer en las casas, mas él sin ella está a lo que parece, según su disposición muestra, dejémoslo agora hasta que mejore, o se muera y dalle hemos por libre, y así me dejaron. Supliqué al carcelero tornase a casa de mi señor y le rogase de su parte, y suplicase de la mía cumplierse la palabra que me había dado de traer consigo a mi muger, y tornele a dar otro real; porque estos nunca echan paso en vano, y él lo hizo y me trujo recaudo, que para el día siguiente ambos me prometieron de venir; consolado con esto, aquella noche dormí mejor que las pasadas, y en sueños me visitó mi señora y amiga la verdad, y mostrándose muy airada me dijo: tú, Lázaro, te quieres castigar, prometiste en la mar de no me apartar de ti, y desde saliste casi nunca más me miraste. Por lo cual la divina Justicia te ha querido castigar, y que en tu tierra y en tu casa no halles conocimiento, mas que te vieses puesto como malhechor a cuestión de tormento; mañana vendrá tu muger, y saldrás de aquí con honra, y de hoy más haz libro nuevo. Y así se me despidió de presente; muy alegre de tal visión, conociendo que justamente pasaba, porque eran tantas y tan grandes las mentiras que yo entretegía y lo que contaba, que aun las verdades eran muy admirables, y las que no eran, pudieran de espanto matar las gentes; propuse la enmienda y lloré la culpa. Y la mañana venida, mi gesto estaba como de antes, y de mi señor y de mi muger fui conocido, y llevado a mi casa con mucho placer de todos; hallé a mi niña ya casi para ayudar a criar otra. Y después que algunos días reposé, torneme a mi taza y jarro, con lo cual en breve tiempo fui tornado en mi propio gesto, y a mi buena vida.

## CAPITULO XVII

### *Cómo Lázaro se vino a Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el Rector, y cómo se hubo con los estudiantes*

Estando ya algo un tanto a mi placer, muy bien vestido y muy bien tratado, quíseme salir de allí do estaba por ver a España, y solearme un poco, pues estaba harto del sombrío del agua. Determinando a do iría, vine a dar conmigo en Salamanca, adonde, según dicen, tienen las ciencias alojamiento. Y era lo que había muchas veces deseado por probar de engañar algunos de aquellos abades o mantilargos, que se llaman hombres de licencia. Y como la villa está llena de éstos, el olor también se siente de lejos, aunque del de sus noches Dios guarde mi casa. Fuime luego a pasear por la villa, y avezado de la mar, maravilleme de lo que allí veía, y bien era algo más de lo que tenía oído. Quiero contar una cosa de lo que allí me aconteció yendo por una calle de las más principales: venía un hombre a caballo en un asno, y como era guiñoso, y debía estar cansado, no podía caminar adelante, ni aun volver atrás, sino con gran trabajo; comienza el hombre a dar sus gritos, arre acá, señor bachiller; con esto no me moví yo, aunque pensé en volverme; pero entendiendo él que con más honrado nombre se movería más presto, comienza de decir: arre, señor licenciado, arre con todos los diablos, y dale con un agujón que traía; viérades entonces echar coces atrás y adelante, y el licenciado a una parte y el caballero a otra; nunca vi en mi vida, ni en el señorío de la mar ni en el de la tierra, licenciado de tal calidad, que tanto lugar le hiciesen todos, ni que tanta gente saliese por verlo. Conocí entonces que debía ser de los criados con alguno de nombre, y que se hacían también de honrar con sus nombres, como yo me había hecho por mi valer y fuerzas en la mar entre los atunes. Pero todavía los en más que a mí, porque aunque me hicieron señoría no me dieron licencia, mas de la que yo de mí por mi esfuerzo entre ellos me tomaba. Y cierto, señor, que yo pasado algún tiempo, me quisiera ser mucho más el licenciado asno, que Lázaro de Tormes. De aquí vine siguiendo el ruido a dar en un colegio, adonde vi tantos estudiantes, y oí tantas voces, que no había ninguno que no quedase más cansado de gritar que de saber. Y entre muchos otros, que conocí (aunque a mí ninguno de ellos) quiso Dios que hallé un amigo mío de los de Toledo, conocido de buen tiempo, el cual servía a dos señores, como el que arriba movió el ruido, y aún era de los mayores del colegio; y como era criado de consejo y de mesa, habló con sus amos de mí de tal manera, que me valió una comida y algo más. Es verdad que fue a uso de colegio, comida poca y de poco, mal guisada y peor servida; pero maldito sea el hueso que quedó sin quebrar. Hablamos de muchas cosas estando comiendo, y replicaba yo de tal manera con ellos, que bien conocieron ambos haber yo alcanzado más por mi experiencia, que ellos por su saber. Conteles algo de lo que había a Lázaro acontecido, y con tales palabras, que cierto todos me preguntaban, adonde había estudiado, en Francia, o en Flandes, o en Italia, y aun si Dios me dejara, acordar alguna palabra en latín, yo los espantara, tomé la mano en el hablar, por no darlos ocasión de preguntar algo, que me pusiese en confusión. Todavía ellos pensando que yo era mucho más de lo que por entonces habían en mí conocido; determinaron de hacerme defender unas conclusiones; pero pues sabía que en aquellas escuelas todos eran romancistas, y que yo lo era tal que me podía mostrar sin vergüenza a todos, no lo rehusé, porque quien se vale entre atunes, que no juegan sino de

hocico, bien se valdría entre los que no juegan sino de lengua; el día fue el siguiente, y para ver el espectáculo fue convidada toda la Universidad; viera vuestra merced a Lázaro en la mayor honra de la ciudad, entre tantos doctores, licenciados y bachilleres, que por cierto con el diezmo se podrían talar cuantos campos hay en toda España, y con las primicias se ternía el mundo por contento; viera tantos colores de vestir, tantos grados en el sentar, que no se tenía cuenta con el hombre, sino según tenía el nombre. Antes de parecer yo en medio quisiéronme vestir según era la usanza de ellos; pero Lázaro no quiso, porque pues era extranjero, y no había profesado en aquella Universidad, no se debían maravillar sino juzgar más según la doctrina (pues que tal era esta) que no según el hábito, aunque fuese desacostumbrado. Vi a todos entonces con tanta gravedad y tanta mesura, que si digo la verdad, puedo decir que tenía más miedo que vergüenza, o más vergüenza que miedo no se burlasen de mí: puesto Lázaro en su lugar (y cual estudiante yo) viendo mi presencia doctoral, y que también sabía tener mi gravedad como todos ellos, quiso el Rector ser el primero que conmigo argumentase, cosa de acostumbrada entre ellos. Así me propuso una cuestión harto difícil y mala, pidiéndome le dijese cuantos toneles de agua había en la mar; pero yo como hombre que había estudiado, y salido poco había de allá, súpele responder muy bien, diciendo que hiciese detener todas las agua en uno, y que yo lo mensuraría muy presto, y le daría de ello razón muy buena. Oída mi repuesta tan breve y tan sin rodeos, que mal año para el mejor la diera tal, viéndose en trabajo pensando ponerme, y viendo serle imposible hacer aquello, dejome el cargo de mensurarla a mí, y que después yo se lo dijese. Avergonzado el Rector con mi repuesta, échame otro argumento pensando que me sobraba a mí el saber a la ventura, y quo como había dado resolución en la primera, así la daría en la segunda; pídemme que le dijese cuantos días habían pasado desde que Adán fue criado hasta aquella hora, como si yo hubiera estado siempre, en el mundo contándolos con una péndola en la mano, pues a buena fe que de los míos no se me acordaban sino que un tiempo fui mozo de un clérigo, y otro de un ciego, y otras cosas tales, de las cuales era mayor contador que no de días. Pero todavía le respondí, diciendo que no más de siete, porque cuando estos son acabados, otros siete vienen siguiendo de nuevo, y que así había sido hasta allí, y sería también hasta el fin del mundo. Viera vuestra merced a Lázaro entonces ya muy doctor entre los doctores, y muy maestro entre los de licencia.

Pero a las tres va la vencida, pues de las dos había tan bien salido, que pensó el señor Rector que en la tercera yo me enlodara, aunque Dios sabe que tal estaba el ánimo de Lázaro en este tiempo, no porque no mostrase mucha gravedad, pero el corazón tenía tamañito. Díjome el Rector que satisfaciese a la tercera demanda, yo muy pronto respondí que no sólo a la tercera, pero hasta el otro día se podía detener. Pidiome que a do estaba el fin del mundo. ¿Qué filosofías son éstas? dije yo entre mí, ¿pues cómo? no habiéndolo andado todo, ¿cómo puedo responder? Si me pidiera el fin del agua algo mejor se lo dijera. Todavía le respondí a su argumento, que era aquel auditorio a do estábamos, y que manifiestamente hallaría ser así lo que yo decía, si lo mensuraba, y cuando no fuese verdad, que me tuviese por indigno de entrar en colegio. Viéndose corrido por mis respuestas, y que siempre pensando dar buen jaque, recibía mal mate, échame la cuarta cuestión muy entonado, preguntando que cuánto había de la tierra hasta el cielo. Viera vuestra merced mi gargajear a mis tiempos con mucha manera, y con ello no sabía qué responderle porque muy bien podía él saber que no había yo hecho aún tal camino; si me

pidiera la orden de vida que guardan los atunes y en qué lengua hablan, yo le diera mejor razón; pero no callé con todo, antes respondí que muy cerca estaba el cielo de la tierra, porque los cantos de aquí se oyen allá, por bajo de hombre cante o hable, y que sino me quisiese creer, se subiese él al cielo, y yo cantarí con muy baja voz, y que si no me oía, me condenase por necio. Prometo a vuestra merced, que hubo de callar el bueno del Rector, y dejar lo demás para los otros. Pero cuando lo vieron como corrido no hubo quien osase ponerse en ello; antes todos callaron y dieron por muy escelentes mis respuestas. Nunca me vi entre los hombres tan honrado, ni tan señor acá ni tan señor acullá; la honra de Lázaro de día en día se iba acrecentando; en parte la agradezco a las ropas que me dio el buen Duque, que si no fuera por ellas, no hicieran más caso de mí aquellos diablos de haldilargos, que hacía yo de los atunes, aunque disimulaba. Todos venían para mí, unos dándome el parabién de mis respuestas, otros holgándose de verme y oírme hablar. Habiendo visto mi habilidad tan grande, el nombre de Lázaro estaba en la boca de todos, y iba por toda la ciudad con mayor zumbido que entre los atunes. Mis convidados quisiéronme llevar a cenar con ellos, y yo también quise ir, aunque rehusé según la usanza de allí a la primera, fingiendo ser por otros convidados. Cenamos, no quise decir qué, porque fue cena de licencia aquélla, aunque bien vi que la cena se aparejó a truco de libros, y así fue tan noble. Después de haber cenado y quitados los manteles de la mesa, tuvimos por colación unos naipes, que suelen ser allá cotidianos, y cierto que en aquello algo más docto estaba yo, que no en las disputas del Rector. Y salieron en fin dineros a la mesa, como quiera que ello fuese. Ellos, como muy diestros en aquella arte, sabían hacer mil traspanojos que a ser otro, dejara cierto el pellejo, porque al medio mal me iba; pero a la fin les traté tan bien que ellos pagaron por todos, y demás de la cena, embolsé mis cincuenta reales de ganancia en la bolsa. Tomaos, pues, con aquél, que entre los atunes había sido señoría, de Lázaro se guardaran siempre, y por despedirme de ellos, les quisiera hablar algo en lengua atunesa, sino que no me entendieran. Después temiendo no me pusiese en vergüenza, porque no les faltara ocasión, partime allí pensando que no todavía puede suceder bien. Así determiné volverme dándome verdes con mil cincuenta reales ganados, y aun algo más que por honra de ellos al presente callo, y llegué a mi casa, adonde lo hallé todo muy bien, aunque con gran falta de dinero. Aquí me vinieron los pensamientos de aquellos doblones que se desaparecieron en el mar, y cierto que me entristecí, y pensé entre mí que si supiera, me había de suceder también como en Salamanca, pusiera escuela en Toledo, porque cuando no fuera sino por aprender la lengua atunesa, no hubiera quien no quisiera estudiar. Después, pensándolo mejor, vi que no era cosa de ganancia porque no aprovechaba algo; así dejé mis pensamientos atrás, aunque bien quisiera quedar en una tan noble ciudad con fama de fundador de universidad muy celebrado y de inventor de nueva lengua nunca sabida en el mundo entre los hombres. Esto es lo sucedido después de la ida de Argel; lo demás con el tiempo lo sabrá vuestra merced, quedando muy a su servicio

Lázaro de Tormes.